

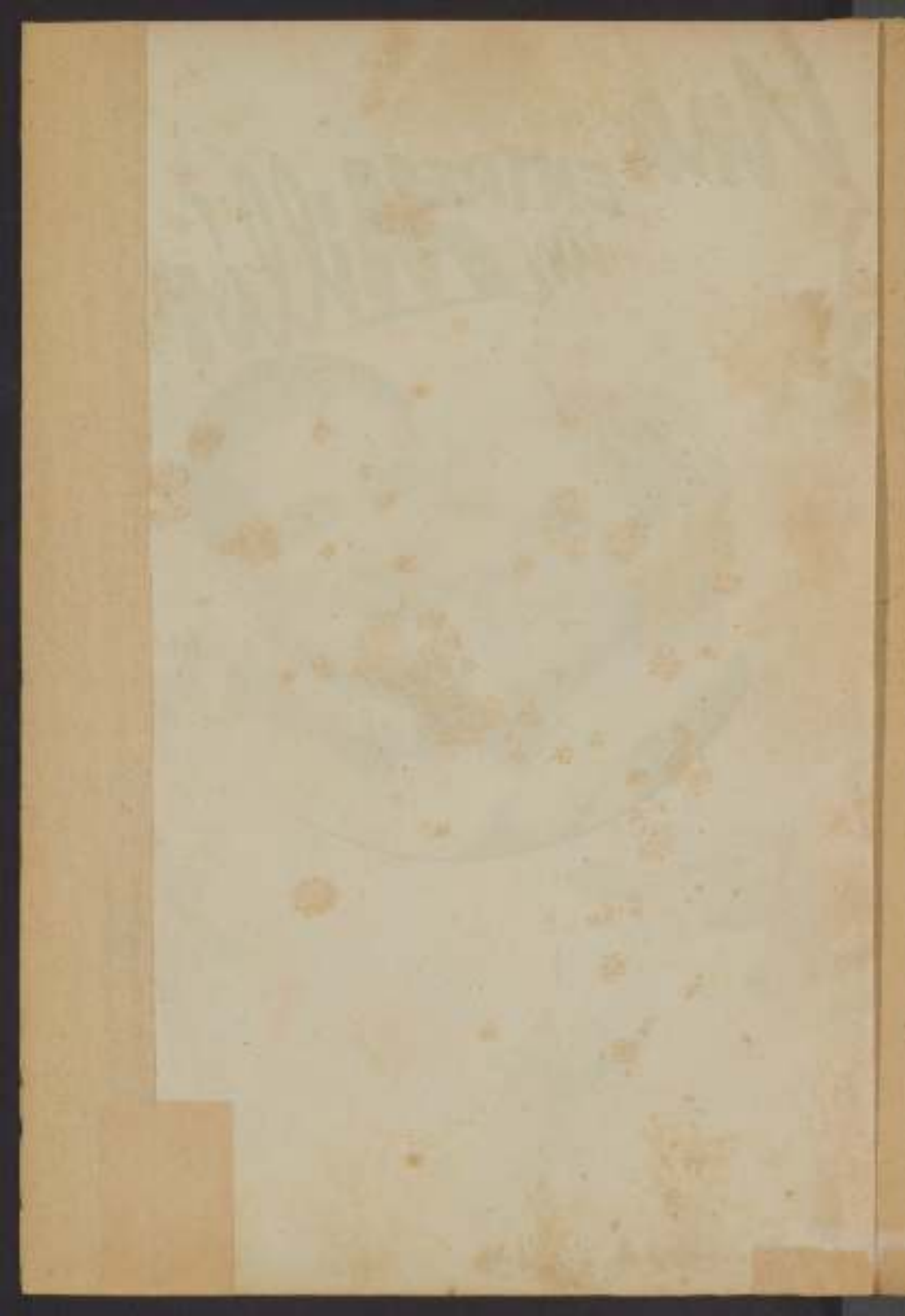
Una ENTRE UN Millón



SONJA
HEINIE

Archie Morgan
Jean Harlow
New Sparks
Dion Bouche





UNA ENTRE UN MILLON

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

Una entre un millón

Deliciosa comedia, de gran espectáculo
y asunto muy ameno

Dirección:

SIDNEY LANFIELD

Es una película

20th. CENTURY - FOX

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Sonja Henie
Adolphe Menjou
Jean Hersholt
Don Ameche
Ned Sparks
etc.

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Una entre un millón

Argumento de la película

El tren corría a toda velocidad por entre las altísimas montañas blancas de nieve, serpenteando como negra cinta sobre la alhura inmaculada.

El frío era intenso; el termómetro marcaba muchos grados bajo cero y el entorpecimiento en la vía férrea por el hielo hacía llevar al tren algunas horas de retraso en su recorrido.

Spencer, un empresario norteamericano, un bohemio con muchos sueños en la cabeza y con delirio de grandezas, había movilizado a toda su compañía, llevándola desde su país a Suiza, con el ideal de ganar unos millones de francos que le permitieran salir del apuro eterno en que vivía en cuestión de dinero, porque Spencer no era hombre práctico, no sabía administrar y, como la lechera del cuento, después de haber soñado mucho, veía caídos por el suelo todos sus castillos en el aire.

Viajaba Spencer con toda su *troupe*,

en el tren que avanzaba hacia Ardetz, en el intrincado corazón de los montes suizos, punto de destino de la compañía, que iba contratada para unas audiciones en el Gran Palace Hotel.

Como no era cuestión de llegar sin haber ensayado, Spencer hacía tocar constantemente a su banda, compuesta por señoritas y entre las que se hallaba también su esposa, una muchacha bellísima, que tras haber creído algunos años en su marido, había al fin perdido totalmente su fe en él, no como esposo, sino como empresario y como hombre de negocios y, siempre que podía, lo hacía blanco de sus ironías o de sus advertencias, que la inmensa mayoría de las veces no daban ningún resultado, aunque tenían mucha lógica y sentido práctico.

Spencer dirigía los ensayos desde el pasillo del vagón, y las muchachas, arrebuajadas en sus abrigo de pieles,

encogidas en los asientos, tiritando, hacían lo que podían para seguir tocando, mientras trataban de vencer el hambre, el frío y la fatiga de aquel viaje que se iba prolongando hasta lo inverosímil.

La orquesta no marchaba mal, a juicio de Spencer, y, si lograban llegar a Ardets sin nuevos tropiezos, tenía la seguridad de que el triunfo sería completo y de que el contrato se prolongaría indefinidamente, por lo menos hasta finalizar la temporada de invierno.

De pronto sonó una nota falsa y Spencer se sulfuró, haciendo parar en seco a toda la orquesta:

—¡Un momento!... ¡Un momento!... ¿Quién ha sido? ¿Quién ha desafinado? Veamos...

Recorrió los departamentos ocupados por su gente y se paró frente a su mujer, a la que vió con el trombón desmontado y seplándose los dedos de frío:

—¡Ah!... ¿Has sido tú, verdad?

—Ya lo ves... Yo he sido.

—¿Qué ha sucedido?

—La última nota que se ha congelado —replicó la señora Spencer con evidente ironía, mirando a su marido, burlona y frenética.

—¡Aun sería capaz de decir que yo tengo la culpa!

—Yo no digo nada más que hasta las notas se congelan en este vagón.

—¿Y qué?

—Nada... te lo aviso...

—¿Acaso tengo yo la culpa de que haga un frío polar?... ¿Acaso tengo yo la culpa de que el tren no corra más de prisa? ¿Soy yo la causa de este endiablado tiempo que nos hace tiritar a todos?

—Ya no digo tanto... pero poco le falta. ¿Quién te manda a ti meterte en libros de caballerías y traernos a Suiza en pleno invierno?

—Venimos porque nos ha contratado el Gran Palace Hotel.

—Pero yo tengo frío y hambre —afirmó la señora Spencer, subiéndose el cuello del abrigo hasta cubrirse casi totalmente el rostro.

—Todos tenemos hambre y todos tenemos frío. Y nadie protesta.

—Porque no pueden.

—Dentro de una hora tendremos calefacción y comida.

—Sí... comeremos hielo... —murmuró la señora Spencer, amarga y burlonamente.

—¡Ea, muchachas! Ensayemos una vez más—dijo Spencer, haciendo caso omiso de las palabras de su esposa—. Es preciso que lleguemos bien preparados. Nos esperan para debutar esta misma noche, y el ensayo no puede cesar. Procuremos hacerlo lo mejor que sepamos. ¿Estáis dispuestas?

Todas las muchachas se aprestaron a templar sus instrumentos y se dispusie-

ron a seguir tocando, aunque el frío las tenía ateridas y el hambre hincaba su diente en los estómagos vacíos.

En otro compartimiento iban los tres hermanos Ruiz, el número cómico de la compañía, y como también ellos temblaban de frío, comenzaron a hacer payasadas, saltando de un asiento a otro al ritmo de la música, como si estuvieran bailando sobre la cuerda floja o el alambre.

Spencer seguía dirigiendo su orquesta mientras los hermanos Ruiz se divertían en su departamento.

—¡Una vez más y basta!—les decía a sus chicas, animándolas con aquella esperanza para que siguieran tocando.

Pero cuando más entusiasmadas estaban, una música que venía de otro departamento les entorpeció el ensayo, porque se confundían y no daba ninguna pie con bola a causa de los sonidos que hasta ellos llegaban desde un lugar desconocido.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó Spencer, desesperado.

—Parece que nos hacen la competencia... comentó su mujer con una sonrisa de conejo, muy burlona.

—¡Esto lo arreglaré yo! —afirmó Spencer, yendo en busca del intruso que les molestaba.

—¡Lo arreglará él...! ¡Dios nos coja confesados! —suspiró la señora Spencer, que sabía que donde su marido ponía mano todo se iba a rodar.

Spencer fué siguiendo los compartimientos y al fin encontró en uno de ellos a un hombre que tocaba la armónica con mucho entusiasmo, con tanto entusiasmo, que aunque él le hablaba, no le hacía caso alguno y seguía tocando sin cesar.

—¡Eh! ¡Silencio!... Escucha un momento... ¡Mi orquesta está ensayando y no se oye nada con el ruido que usted hace!... ¡No me entiende?... ¡Oh, es desesperante! ¡Que te calles!...

Cuanto más chillaba Spencer, más fuerte tocaba el otro, mirando al recién llegado con una cara inexpresiva, como si no fuera para él todo lo que le estaba diciendo.

Al ver que no le entendía, Spencer quiso darse a entender con signos, mientras le decía más concretamente:

—Yo ensayar orquesta... Tú meter ruido... Nosotros no entendemos... ¡Chitón!

Pareció despertar el otro de un sueño ante aquella palabra que le había parecido mágica y, marcando mucho las cejas, exclamó lleno de asustefacción:

—¡Ah!... Ya... ¡Chitón!...

Y se puso tocar con mucho más ánimo una cancioncilla que él le debía llamar "Chitón", a juzgar por la interpretación que acababa de dar a la palabra.

Spencer se llevó las manos a la cabeza, desesperadamente, pero al ocu-

char las maravillas que con el pequeño instrumento hacia aquel hombre, se quedó escuchándole extasiada y, cuando hubo terminado, lo cogió por el brazo y le dijo:

—¡Bravo!... ¿Quieres formar parte de la orquesta más grande de Europa? ¿Quieres tocar en mi orquesta? ¡Ganarás mucho dinero! ¡Mucho!... (Eso ya lo veremos) —murmuró para sí mismo, porque también él desconfiaba de sí, como su esposa—. ¿Me comprendes? No, ya veo que no entiendes jota de lo que te digo. Pero ya discutiremos los detalles cuando nos entendamos. Ahora te vienes conmigo, quieras o no quieras.

Y pasando de la palabra a los hechos, lo cogió por las solapas del abrigo y le obligó a seguirla.

—Mirad lo que he pescado—exclamó al llegar a sus departamentos, mostrando a las muchachas aquel hombre que tenía cara de idiota, porque no comprendía nada de lo que pasaba.

—¿Y quién es este espantapájaros? —preguntó la señora Spencer, mirando al recién llegado con curiosidad.

Este comprendió que hablaba de él, vió que la que hablaba de él era una mujer bonita y le sonrió con toda su enorme boca, que no era extraño alcauzara a producir tantos sonidos a un tiempo en aquella pequeña armónica que tenía entre las manos y con la que jugaba como un niño.

—Es el tipo ese que estorbaba nuestros ensayos—replicó Spencer—. Lo he contratado para nuestra gira artística y ya verás cómo hará furor.

—¡Muy bien!... ¡Él será la "estrella"... y nosotros los comparsas! ¡Que te crees tú eso! ¡No te atreverás a hacer semejante cosa! ¿Qué te figuras? ¡Ese no vendrá con nosotros! ¡Somos ya demasiados a comer!

—Yo tengo un hambre de lobo—comentó uno de los hermanos Ruiz.

—Como todo estará racionado... a nadie le faltará nada—afirmó Spencer, conciliador.

—¡Un momento... un momento!...—le interrumpió su esposa—. Soy tu mujer y me parece que ha llegado el momento de decirte alguna verdad... ¿Sabes que no podemos seguir adelante, que ya no nos queda ni un céntimo, que tenemos deudas en todas partes? ¿Todavía no te ha entrado en la mollera que el contrato que hemos conseguido no es más que para una semana? ¿Qué haremos después? Lo que nos produzca una semana de trabajo no nos alcanzará para esperar que nos salga un nuevo contrato... aun en el feliz supuesto de que ese nuevo contrato surja...

—Surgirá, querida, surgirá... Con este nuevo elemento nos lloverán los contratos... Si precisamente lo que nos hace falta es linfa nueva...

—¿Linfa nueva?... ¡Qué bien habla

ese tío!—murmuró uno de los hermanos Ruiz, cómicamente.

—Tendrá un éxito enorme en el Gran Palace Hotel; la gente se quedará con la boca abierta... —aseguró Spencer, entusiasmado con su hallazgo.

—Pero tendrás que taparle la cara con una careta... Yo misma se la pintaré.

—Ahora verás cómo en cuanto le oigas tocar te olvidas de su cara. Vamos, jovencito... tocas algo—dijo Spencer al hombre que no les entendía—. ¡Te digo que toques!... ¡Toca, estúpido!...

El de la armónica se encogió de hombros y se rió al ver que los demás se reían también, y su cara de bobalicon despertaba más y más la hilaridad de las muchachas.

—Prueba dándole un silbido—sugirió la señora Spencer.

El marido tuvo una idea luminosa. Acercó sus labios al oído del filarmónico y le gritó:

—¡Chitón!...

—¡Ah!... Ya... ¡Chitón!—replicó el otro.

Y comenzó a tocar la tonada que venía a su cerebro en cuanto le pronunciaban aquella palabra maravillosa.

Cuando más entusiasmados estaban escuchándole se acercó a Spencer el revisor y le dijo:

—Perdone, señor, pero tenemos aún un nuevo retraso en el horario... No

llegaremos a Ardets antes de las ocho de la noche.

—¿A las ocho? ¡Pero si a las ocho y media hemos de debutar! —gritó Spencer con desesperación.

—Lo siento mucho, señor...

—¡Oh!... ¡Muchachos, no hay más remedio, no nos queda otra solución! Tendéis que vestiros aquí mismo, en el tren, para poder representar en cuanto lleguemos, sin perder un minuto.

Las muchachas se encerraron en sus departamentos, y Spencer tuvo que arrastrar fuera de allí al nuevo artista de la compañía que, prendido en el encanto de los ojos de la señora Spencer, había querido irse tras ella.

—¡Ah, pillastro, eso no es tu lugar! ¡Fuera!... ¡fuera!... —decía Spencer, esforzándose en hacerse entender, y gritando como un energúmeno, como al hablara a un sordo y no a una persona desconocedora de su idioma.

Los tres hermanos Ruiz comenzaron a desvestirse. Cada uno de ellos llevaba tanto chaleco, tanto jersey, tanta chaqueta, que, a medida que se iban quitando ropa, iban apareciendo cada vez más delgados, como si se fueran convirtiendo en anguilas.

Uno de ellos encontró en uno de sus bolsillos de las múltiples chaquetas que llevaba encima, un paquete de cigarrillos.

—¿Quién tiene un cigarrillo?—preguntó otro de los tres.

—Yo...

Ofreció el paquete, cogió un cigarrillo cada uno de los otros dos hermanos y cuando fué a coger él se encontró que no quedaba ninguno.

—¡Sinvergüenzas!—murmuró malhumorado.

Entonces fué él quien encontró cerillas.

—¿Tienes cerillas? — preguntó uno de los que estaban con el cigarrillo en la boca.

—Una sola queda...—replicó, encendiendo y, pasándola rápidamente ante ellos sin que lograsen alumbrar el pitillo, hizo ver que escondía uno imaginario en su boca y apagó la cerilla, arrojándola al suelo con desdén.

—¡Sinvergüenzas! — le gritaron los otros dos.

—Todavía queda otra... Pero la cambio por los cigarrillos—dijo.

—Bien, hagámoslo a cara o cruz.

—¡Yo juego!—dijo, sacando una moneda del bolsillo— ¡Cara!

La lanzó al aire y al caer al suelo la recogió triunfal.

—¡Cara!—exclamó. Y se quedó con los dos cigarrillos de sus dos hermanos.

Entre tanto el tren había llegado a la pequeña estación alpina y la *troupe* capitaneada por Spencer, junto con todo su equipaje y sus instrumentos, bajó al andén, llenándolo de voces y de gritos.

Se acomodaron en un carricoche inmenso, y Spencer dió la dirección del Gran Palace Hotel.

El cochero les miró con ojos desorbitados, pero se encogió de hombros y puso en marcha a los caballos.

Llegaron al poco rato frente al Gran Palace Hotel... ¡Estaba quemado! ¡En ruinas! ¡Hecho ceniza!

—Parece que ha habido un incendio... — comentó Spencer, quedándose parado ante aquel montón de escombros.

—Chico, ¡qué intuición! ¡Qué magnífico descubrimiento! — exclamó con sorna su mujer.

—Pero, ¿por qué no nos han advertido?—inquirió Spencer.

—Tengo una leve sospecha de que el cochero nos lo ha dicho... pero ninguno de nosotros le ha entendido... ¡Hijito, dificultades de andar por el mundo con el más perfecto desconocimiento de todos los idiomas!

—¿De todos? ¡Qué injusta eres!... ¡Yo sé hablar perfectamente el mío propio!

—¡Es verdad!... No comprendo por qué los demás no lo han aprendido para entenderte a ti... Siempre son los otros los equivocados.

La armonía entre el matrimonio era siempre perfecta.

El resto de la *troupe* permanecía silencioso, anonadado, tiritando bajo sus ligeros vestidos de caristas las mucha-

chas, y de saltimbanquis los hermanos Ruiz, y mirándose unos a otros como si el fin del mundo cayera sobre ellos.

El que tocaba la armónica se rió sonoramente:

—¡Jo, jo, jo!...

—¿Quieres callarte, imbécil? —le gritó Spencer.

Y el de la armónica cogió unas muletas y se marchó resacaadamente, pero una de las coristas puso el grito en el cielo:

—¡Que se va con nuestro equipaje!...

¡Deténganle! ¡Deténganle!

—¡Eh!... ¿Dónde va usted?—le dijo Spencer, obligándole a detenerse.

El otro volvió a reír.

—¡Ah!... ¡Comprendo!—dijo Spencer, riéndose ahora con todas sus ganas, ante el expresivo gesto de aquel hombre que acababa de señalarle una casa situada a poca distancia de allí—. ¡Qué feliz idea se te ha ocurrido!... ¡Muchachas, ánimo! Tomad vuestros equipajes y seguidme... Aquí hay una casita de troncos en la que quizá podremos dormir toda la noche. Andando, muchachas. ¡Animo! ¡No nos dejaremos abatir por tales minucias! ¡Alegría!... Sonreíos, que así es como estáis guapas...

Allá se encaminaron todos y entraron como una tromba en la casita.

—Esto parece una fonda —comentó Spencer al ver el amplio vestibulo con un mostrador, tras el cual, un caba-

llero de gruesos bigotes, apoyado sobre él y con una mano sobre un aparato telefónico, les miraba con los ojos llenos de sorpresa.

Spencer se acercó a él y le dijo, intentando hablar un francés que él se había hecho para su uso particular y que, naturalmente, nadie entendía.

—Vus avrez... poser...

—Je ne vous comprends pas, monsieur —replicó el de los bigotes, con mucha educación.

—Nus... nous... des acteurs...

—¡Ah, bon!... ¿Des artistes?

—Sí... vulons... eumas —dijo Spencer, que comenzaba a sentir angustias de muerte ante el esfuerzo de hablar en un idioma que él creía dominar y que ahora se daba cuenta no sabía en absoluto.

El pobre hombre de los bigotes no lograba entender aquel extraño idioma que Spencer le hablaba, y murmuró, alejándose:

—S'il vous plait... une minute...

Fué a avisar a su hija y le explicó que no lograba entender a aquel zaba-llero que le hablaba.

—Me ha parecido comprender que son artistas y que quieren dar alguna representación... Habrá que decirles que...

La muchacha sonrió. Era una chiquilla rubia, de naricilla respingona, de rostro muy gracioso y con unos ojillos vivarachos y pícaros, que le baila-

han en el rostro, dándole un aire infantil de deliciosa ingenuidad.

Se enfrentó con Spencer y le dijo, sin dejar su graciosa sonrisa:

—Monsieur, nous avons un tout petit hotel... impossible de donner des représentations...

—¿Tener ici "habitaciones"?—gritó Spencer, seguro de que gritando mucho lograría darse a entender.

—¡Ah! ¿Quieren ustedes habitaciones?—dijo la chica, hablando correctamente el español.

—Pero... ¿habla usted mi idioma?—exclamó Spencer, encantado de poderse, al fin, entender con aquella gente.

—¡Claro que sí! ¡Y papá también!—replicó la muchacha, mirando con cariño y ternura al caballero de los bigotes.

—¿Su papá?... ¿Y por qué no me lo ha dicho antes? ¡Tan fácil como es entenderse!

—Haremos los posibles por complacerlos a ustedes. Tendrán que acomodarse del mejor modo que puedan. El hotel es muy chiquito.

—Será un placer para nosotros tenerlos a ustedes en casa. Creo que quedarán contentos del trato familiar que aquí damos. ¿Quiéren firmar?—dijo el dueño del hotel, deshaciéndose en cumplidos ante aquella nutrida concurrencia.

—Sí, sí... También yo espero quedar

contento. Hemos llegado hasta esta pequeña ciudad porque tenemos un contrato con el Gran Palace Hotel... ¡Y lo hemos encontrado en ruinas!... Habrá sido accidentalmente. ¿verdad?... ¿O ha sido un incendio intencionado?—preguntó Spencer.

—Corren muchas versiones por aquí, señor... Yo creo que no se trata de una desgracia... sino de un sabotaje... Pero, pasen, pasen ustedes... Les enseñaré las habitaciones.

—Mi mujer y yo queremos una habitación muy grande, con una cama para cada uno... Las muchachas pueden arreglarse en grupos... Y los chicos también... Supongo que habrá baño, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y comida—añadió la señora Spencer, que estaba muerta de hambre.

—También comida, señora.

—¡Epléndido!

—¿Son ustedes americanos?

—Sí. Estamos haciendo una gira triunfal por Europa—explicó el señor Spencer sin hacer caso de la mirada fulminante que le dirigió su mujer al escuchar sus palabras—. Traigo una cuadrilla de músicos y bailarines que son los mejores en su género.

—Ehorrabuena... Espero que el triunfo les acompañe también aquí.

—¿Tiene usted muchos huéspedes?

—Por el momento sólo uno—replicó el dueño del hotel, un poco avergon-

zudo al tener que confesar aquella miseria ante la esplendor de los que llegaban.

Spencer se encogió de hombros, como si le fuera indiferente que hubiera uno o mil, y preguntó, viendo aparecer en lo alto de la escalera a un señor con gafas, larga barba negra, rígido y severo en todo su porte, vestido de un modo un poco estrafalario y que les miró a todos con olímpico desdén.

—¿Quién es aquel señor de aspecto severo, que parece vaya a un funeral?

—Es nuestro cliente... Pase, pase, ahora verán las habitaciones y después les serviremos la cena.

—¡Animo, muchachas!—gritó Spencer—. Ya habéis oído lo que han dicho. ¡A las habitaciones... y luego a cenar!

Hubo un griterío general entre el elemento femenino y todas corrieron de un lado a otro rápidamente para ser las primeras en sentarse a la mesa, porque el imperativo del estómago era más fuerte que nada en aquellos momentos.

Spencer iba a subir la escalera cuando se detuvo, admirado, ante una vitrina llena de copas magníficas.

—¡Diablo!—exclamó—. ¿Qué es esto? ¿Son trofeos?

—Sí... Son los premios que ha ganado papá—replicó la muchacha rubia.

—¿Premios?... ¿Su papá ha ganado premios?... ¿Por qué se los han da-

do?—inquirió Spencer, mientras miraba detenidamente el tesoro encerrado en aquella vitrina.

—Por patinar.

—¿A rueda?

—No, no... Sobre hielo.

—¿Sobre hielo?—preguntó Spencer, que no estaba muy familiarizado con aquel deporte.

—Sí; aquí los patinadores sobre hielo son muy estimados. Papá era maravilloso en su juventud.

—¡Hum!...—musitó Spencer, dubitativamente, porque no acertaba a comprender cómo había podido ser una maravilla aquel hombre grueso, de grandes bigotes y mirada pacífica—. Así... ¿patinan como los niños sobre los lagos en invierno? ¿Me deja ver de cerca los trofeos de su papá?

—¡Cómo no! Puede tomarlos en sus manos.

—¡Magnífico!... ¡Oro de diez y ocho quilates!... ¡Soberbio!

—¡Oh, me alegro mucho que le interesen a usted!—exclamó la muchachita, muy orgullosa ante la admiración del extranjero.

—Sí... a mi marido le interesan todos los objetos de valor... hasta tal punto que llegan a fascinarle...—dijo la señora Spencer, con aquel tono burlón e irónico que empleaba siempre que hablaba de su marido o que a él se dirigía—. Vamos, ya te has divertido ha-

tanta. Vamos —añadió, cogiéndole del brazo y obligándola a seguirla.

Greta les acompañó hasta su habitación y Spencer se mostró muy deferente con ella, aunque dándose mucha importancia.

Cuando el matrimonio Spencer se quedó a solas en la habitación que les habían destinado y que era, sin duda alguna, la mejor del hotel, él dijo, frotándose las manos:

—Es muy sencillo marcharse de este hotel, querida mía. No tenemos más que esperar que el padre y la hija ronquen profundamente bien arropados en sus respectivas camas... Bajamos en silencio... nos apoderamos de todos los troyes... y... ¡Sue!... Filamos como verdaderos campeones...

—¡Oh, qué idea! ¡Magnífica! ¡Como tuya!—exclamó la señora Spencer, desesperada—. ¡Ya veo el plan!... Salir a la montaña... deslizarnos por la otra vertiente... y el juego está hecho... ¡Dinero para un mes, y aun gracias!... ¡Ah, no, no y mil veces no!... ¡Se ha acabado! Oyeme bien, Tadeo; desde que nos casamos que hago esta vida de

hobemia, sin saber nunca si pararé en la cárcel o en el cementerio por inanición... ¡Estoy hasta la coronilla de tus sueños y tus fantasías! He aprendido a conservar la línea prescindiendo de faja, de gimnasia... ¡y de comida! Pero yo quiero engordar. Tadeo; quiero vivir como las demás mujeres, quiero ser amada y protegida, quiero tener casa y comodidades, respeto y tranquilidad...

—¿Y qué quieres más, rica?

—Por el momento es bastante.

—¡Oh!... Y mientras he estado escuchando todas tus sandeces he olvidado lo que pensaba... ¡Cuando veas que yo reflexiono para hallar una solución, te ruego que te calles!... ¡Chitón!...

—¡Chitón!... ¡Ah, ya, Chitón! —murmuró el hombre de la armónica, que estaba agazapado detrás de la puerta, apareciendo de pronto y poniéndose a tocar con toda su alma.

El matrimonio Spencer se llevó las manos a la cabeza y se desplomó sobre la cama respectiva, como si el mundo se hubiera hundido a sus pies.

...

Salió Spencer a conocer los alrededores del hotel en que se encontraban, tratando de hallar una solución a la comprometidísima situación en que él y toda su compañía se hallaban.

Al hallar incendiado el Gran Palace Hotel, al que venían contratados, Spencer se encontraba sin dinero y sin medio de ganarlo y, lo que era todavía mucho más difícil de solucionar, con toda una cuadrilla de muchachas que tenían hambre y a las que debía alimentar, fuera como fuese, para que no se le muriesen en los brazos y fuera acusado luego de ser un Barba Azul. ¡El, que casi al con su propia mujer se atrevía!

Recorrió varios caminos, marchando por la nieve pensativamente, porque él no estaba acostumbrado a ello, y de pronto le llamó la atención un ruido extraño, un ruido que jamás había escuchado. No sabía si era alguna fiera de aquellas montañas, o si pudiera ser el canto de un ave extraña, o el rodar de los glaciares, o... ¡qué sabía él, si por primera vez en la vida se encontraba

ante una naturaleza como aquella, fantasmagórica, espectral, alucinadora a la luz de una luna fría y pálida que brillaba en el cielo obscuro y ponía reflejos de plata en las ramas de los árboles cargadas de nieve helada!

Con mucha cautela fué avanzando hacia el lugar de donde procedía el ruido. Caminó lentamente, contento de que la nieve amortiguara el ruido de sus pasos, y llegó al fin a un claro del bosque y se quedó parado entre dos pinos, con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos.

Allí, en un círculo que parecía trazado a propósito, la muchacha del hotel, aquella niña rubia de narizita respingona y ojos chispeantes de malicia, patinaba sobre el hielo con tan soberbia maestría, que Spencer no lograba explicarse cómo podía hacerlo, cómo alcanzaba aquella perfección en el equilibrio, cómo daba aquellos giros, cómo se deslizaba suavemente, como si tuviera alas, con los brazos desplegados, lanzándose como una flecha de un extremo a otro del círculo.

El ruido que tanto le había llamado la atención y que le había atraído a aquel lugar, era el de los patines de la muchacha sobre el hielo, aquellos patines que parecían cuchillos y que se deslizaban sobre la superficie en carrera vertiginosa, al impulso de la voluntad de aquella criatura que en aquellos momentos, inundada de luz de luna, parecía el hada de la noche, dedicándose a las danzas más fantásticas.

El caballero de los bigotes estaba con ella, contemplándola en silencio desde el borde mismo del círculo, y la muchachita, cada vez que pasaba ante él, le hacía una graciosa pirueta y le dedicaba una encantadora sonrisa.

Después de haber hecho mil filigranas sobre el hielo, la chiquilla corrió a saltos hasta su padre y le preguntó, abrusándole:

—¿Está bien así?

—Sí, hija, sí, bien, muy bien... Pero sigue tu práctica... No puedes esperar ni un minuto a tu adiestramiento.

De nuevo volvióse a lanzar a la pista y recomenzaron sus giros, sus bailes, sus vuelos, como una gigantesca mariposa, como hada de un cuento, como el suspiro del aire... ¡Aquello parecía una visión celestial! ¡No era una niña! ¡Era un ángel!

Spencer tuvo que contener una exclamación de asombro:

—¡Oh!...—murmuró en silencio.

Entornó los ojos y comenzó a dejar

correr su fantasía volandera y desbordada: aquello le había inspirado. Vió el círculo de hielo trazado en el corazón de la montaña, transportado a un escenario en el mejor teatro de Broadway; vió a aquella chiquilla vestida con fantásticos ropas, rodeada del coro de muchachas y chicos que formarían el cuerpo de baile, todos sobre patines de cuchillo, todos deslizándose sobre el hielo como sombras, como visiones fantásticas, al compás de los acordes de una orquesta que sería la más nutrida del mundo; y los bailes se sucederían en un derroche de lujo, de riqueza, de originalidad; y siempre la estrella sería aquella criatura que sobre el hielo se transformaba, quedaba incorporada, era como el espíritu de la belleza y del arte flotando entre gausas e irrisaciones de luz.

Volvió rápidamente al hotel y subió a su habitación como un loco.

Al entrar, aun estaba tocando el de la armónica, y la pobre señora de Spencer se encontraba con los oídos tapados y un gesto de desesperación en el rostro. No sabía cómo hacer callar a aquel hombre que no la entendía.

—¡Oh!... ¡Basta! ¡Basta!... —gritaba, ronca ya de tanto repetir aquellas palabras que se perdían en el vacío.

Spencer, que venía entusiasmado, encontró el medio más elocuente de hacerse comprender: cogió al hombre por las solapas, le condujo hasta la puerta

del cuarto, le dió un empujón formidable y le arrojó violentamente al pasillo, cerrando la puerta con un golpe seco.

—¡Ea!... ¡Ya está!... Basta ya!

—¿Qué pasa?—preguntó su esposa, acercándose á él preocupada ante la actitud belica de su marido—. ¿Ocorre un nuevo desastre?

—¿Desastre? ¡No, no, todo lo contrario!

—¿Lo contrario?... No te entiendo... Cuando nos ocurre algo, siempre es un desastre...

—No, esta vez te aseguro que no... Ven aquí... Siéntate... ¿Quieres un abrigo de pieles? ¿Cuál te gusta más? ¿El petit-gris? ¿El visón? ¿La nutria? ¿El armiño? ¿El castor?...

—¿Te has vuelto loco?

—Di... ¿quieres un coche? ¿De qué color te gusta? ¿Lo quieres abierto o cerrado?

—Creo que estás loco de veras esta vez, Tadeo—afirmó la señora de Spencer, un poco preocupada ante la creciente exaltación de su marido.

—¿O prefieres una villa en la Riviera? ¿De qué estilo? ¿Renacimiento español? ¿Colonial?...

—Creo que lo que vas a necesitar tú es una villa de salud... para disfrazar un poco el nombre de manicomio...

—Te juro que esta vez es algo serio, algo grande!

—¡Bah!... Será alguna de tus ideas deslumbrantes... Estas mismas palabras

me dijiste cuando me pediste en matrimonio... Pero ahora ya no creo en tus embustes.

—Te prometo que esta vez...

—Mira, vamos a dormir... y mañana ya se te habrá olvidado todo lo que has pensado hoy.

—No, querida, no... He salido a pasear... y ahora mismo... sobre la nieve... he tenido una visión.

—¿Visiones? ¡Esto nos faltaba!...

—No es la primera que tengo—replicó él, ofendido por el tono en que su mujer había pronunciado aquellas palabras.

—No, cierto. Hace dos años tuviste una visión y escribiste al almirante que pudiese un conjunto de muchachas en la flota para mantener alta la moral de los marineros... ¡Y a poco te ahorcas! ¿Qué será esta segunda visión que has tenido hoy?

—Te digo que ahora tengo en la cabeza un asunto que puede hacernos ganar algunos millones de dólares.

—También lo de la flota tenía que hacernos millonarios...

—Esta vez te aseguro que es una cosa grande. Vale de veras un millón.

—¡Me lo has dicho tantas veces! —suspiró la esposa, desalentada y sombría.

—¡He encontrado al verdadero fenómeno del patinaje!

—¿El viejo Muller?—preguntó ella,

refiriéndose al hombre de los bigotes, al dueño del hotel.

—No.

—¡Ah, porque como fenómeno no está mal... pero no es como para ganar millones con él!

—¡No, no!... Me refiero a su hija Greta.

—¡Bah!... La has visto patinar y te ha parecido algo excepcional... Patina bien sobre el hielo... Bueno... ¿y eso qué tiene que ver con los millones?

—¿Que qué tiene que ver? ¡Ah!... ¡Y luego dicen que las mujeres tendís imaginación!... Mira, la contrato en seguida. Monto el más grandioso *ballet* de patinadoras que haya existido nunca. Danzan sobre el hielo cien parejas de baile... y Greta será la estrella... Sus bailes llenarán de asombro el mundo entero... Contrataré la mejor y más nutrida orquesta para que la acompañe... Llamaré a Toscanini para que dirija la orquesta... ¡Será una revista que reportará millones de dólares, que hará furor, de la que se hablará en todas partes, y por mucho tiempo! Mañana y Barnum, mis competidores, se morirán de envidia cuando vean esta octava maravilla del mundo.

—Vamos, hijo, cálmate... ven a dor-

mir... —le dijo su esposa, acariciándole la frente como haría con un niño culteruriento.

—¡Ah!... ¿Tú no crees que conseguiré todo lo que acabo de decir?—preguntó él, decepcionado, al ver que su esposa no participaba de su entusiasmo.

—Hay por lo menos diez millones de patinadores sobre hielo en Estados Unidos y ninguno gana un céntimo por ese deporte tan vulgar...

—A pesar de tu pesimismo no llegarás a hacernos perder el entusiasmo. Cuando un asunto es bueno... debe llevarse hasta el fin. Quiero mandar en seguida un telegrama al Casino de Saint-Moritz y allí tú verás cómo empieza nuestra gran fortuna. ¡Haremos una exhibición que será nuestro primer triunfo!

—Bueno... yo me voy a dormir... y la haré muy cerca de la ventana... porque si llega el caso de que tengas otra visión, aunque sea en camisa, podré encaparme...

—¡Pero, mujer!...

Ella ya no le escuchó. Se había arrojado entre la ropa de la cama y fingía dormir para no seguir escuchando las locuras de aquel cerebro exaltado.

...

Abajo, en el vestíbulo, dos hombres habían entrado, muertos de frío, llenos de nieve, con sus equipajes en la mano y en el rostro un gesto de mal humor uno de ellos, y el otro una sonrisa optimista.

—Aquí hace más frío que en una cámara frigorífica—exclamó el del gesto de mal humor, que se llamaba Brany.

—Amigo mío, los periodistas nos hemos de hacer a todo. Ya se sabe. Al periodista le ocurren siempre cosas desagradables. Pero hay que saber poner al mal tiempo buena cara—replicó el de la sonrisa, que se llamaba Bob—. Fíjate en mí.

—Yo no tengo tu carácter... ¡Pero dónde demonio estará metida la gente de casa, que nadie sale a recibirnos! ¡Eh!... ¡Que estamos aquí! —gritó Brany.

—Mira, tú espera a que nos atiendan y, entre tanto, yo voy a escribir a máquina dando cuenta de los últimos sucesos a nuestro periódico.

—¡Eh!... ¡Quién se ocupa de los clientes!... ¡Oh!... ¡Oh... oh... oh!...

—gritó de nuevo Brany levantando mucho la voz, una voz bronca y destemplada.

—Chico, parecen una codorniz resfriada—comentó Bob, mientras tecleaba en la máquina.

—¿Qué te parece si subiéramos y nos buscáramos nosotros mismos una habitación?

—Prueba a chillar otra vez. Alguien nos oirá.

—¡Oh... oh... jo... jo!

—¿Qué es ese escándalo?—preguntó, asomándose al primer descansillo de la escalera, el señor de las barbas, serio y rígido como si se enfrentara con un criminal.

—¿Y usted, quién es?—le preguntó, a su vez, Brany, dedicándole su gesto más agrio.

—¡Aquí queremos dormir!—replicó el señor de las barbas, altivo y autoritario.

—¡Ah!... Y nosotros... ¿qué cree usted que queremos hacer? Estamos buscando a alguien que nos dé habitación para dormir...

—Sus pretensiones no me interesan. Sólo le ruego que las hagan menos ruidosas—dijo el señor de las barbas, volviendo la espalda con desdén a los dos periodistas y volviendo a encerrarse en su cuarto.

—¿Qué quiere ese tipo?—murmuró Bruny, carraspeando.

—Reservo mi opinión hasta que termine mi artículo—contestó Bob, sin dejar de escribir a máquina.

—¿Qué te parece si nos vamos otra vez a Berna?... Al menos allí podremos dormir, ¡No creo que en Berna hayan arduo todos los hoteles, como en esta maldita villa!

—Precisamente del incendio estoy hablando en mi artículo... Pero tú nunca te oílas...—dijo Bob. Y, tecleando en la máquina, fué escribiendo, mientras deletreaba en voz alta lo que escribía:

“Ningún indicio hace suponer que el incendio del Gran Palace haya sido intencionado. Nadie sabe con certeza si el ministro señor X había de alojarse en dicho hotel...”

—Y aunque así fuera—interrumpió Bruny—. ¿Qué diferencia hay? ¿Qué importa un ministro ruso de más o de menos hoy día...?

Se detuvo y tosió. Acababa de entrar Greta, que venía de su entrenamiento sobre el hielo.

—¡Je, je!... — carraspeó Bruny—. ¡Buenas noches!... ¿Podría usted hacernos un favor?

—Con mucho gusto. ¿En qué pueda servirles?—preguntó la muchacha, sonriendo amablemente.

—Nosotros queremos dos habitaciones y comer lo antes posible. Venimos muertos de hambre.

—Procura no hacer tantos comentarios con el personal—ordenó Bob, que no había levantado los ojos de la máquina y que no sabía con quién estaba hablando su colega.

—Hay una sola habitación libre—decía Greta, entre tanto—. Tendrán que acomodarse en ella los dos... Está un poco alta, pero es bastante cómoda... Además, es lo único que nos queda.

—¡Comprendo!... Apuesto dos dólares contra un centavo falso que nos tocará dormir en una bohordilla, pero si no hay otra cosa...

Bob había terminado su crónica, se levantó y, dirigiéndose rápidamente a Greta, le dijo:

—¿Quiere hacer el favor de ir a Telégrafos inmediatamente y mandar esto ahora mismo?

—Telégrafos está cerrado a estas horas... No olvide usted que está en una aldea muy pequeña...

—¡Ah!... Pero... ¡Oh!... Bruny, toma. Hégate tú a Telégrafos... Quisiera que todavía estuviera abierto... Anda, date prisa... en salir... La vuelta ya no es tan urgente—dijo Bob, que se había quedado encandilado contemplando a Greta.

—¡Me lo estaba esperando!—gruñó

Beany una gesto avinagrado—. ¡Las mujeres no sirven para nada!... ¡Para nada bueno, quiero decir! ¡Adiós!

—Su amigo se ha enfadado — dijo Greta, mirando a Bob con simpatía.

—No le haga caso. Es repórter fotógrafo y, a fuerza de graduar el objetivo, ya no ve nada.

—No importa...

—¿Cómo se llama usted?

—Greta.

—¿Es usted de la casa?

—Soy hija del propietario.

—¡Ah, bien, bien!... ¿Greta...?

—Müller. Me llamo Greta Müller... Y ustedes, ¿viajan juntos?

—Sí... Pero el otro no importa... Yo me llamo... Verá, los extraños me llaman señor Harwin; mi madre me llamaba Roberto; pero los amigos, los buenos amigos, los que me quieren, me llaman Bob... Ahora dígame usted...

—Ya se lo he dicho antes: Greta.

—No, no es eso... Eso es poco... Dígame... algo más. ¿Qué hace usted cuando brilla el sol en las cumbres?... ¿Y cuando llueve?... ¿Está usted siempre en la cocina, o sale a pasear alguna vez?—preguntó Bob con vehemencia y versatilidad.

—¡Oh, no, no estoy siempre en la cocina!... Yo patino, además.

—Así... sabe cocinar y patinar... ¿Algo más?

—También bailo—explicó Greta con

mucha seriedad, como si estuviera sufriendo un examen.

—Guiso... patina... baila... Bien, también se puede triunfar así en la vida... Yo ni sé cocinar ni sé patinar; pero bailo... Ya hay una cosa que nos une.

—Bien... pero como usted no sabe guisar... ire yo a preparar la cena para usted y para su amigo—replicó Greta, disponiéndose a ir a realizar lo que decía.

—¡Oh!... Espere... un momento...—rogó Bob, que no quería perder tan pronto la deliciosa compañía de aquella chiquilla ideal—. ¿No tiene usted miedo de ir sola a la cocina?

—No.

—¿No?... ¡Ah, qué lástima!... Oiga... espere... ¿No le interesa saber de dónde vengo?

—No... Además, lo sé... Viene usted de América.

—Sí... ¿Cómo lo sabe? He nacido en California... Pero, espere usted... No tenga prisa... Usted puede informarme... Soy cronista del "Nuevo Herald" y he venido para averiguar dos cosas: quién atentó contra el ministro, y quién era la mujer que escapó de su habitación con el abrigo de visión azul. ¿No habrá sido usted, verdad?

—No... Yo no tengo abrigo de visión—rió Greta, escapando presurosa hacia la cocina, porque aquel americano empezaba a interesarle demasiado.

Bob se quedó solo y se puso a todo lo largo del vestíbulo, deseando que la muchachita apareciera de nuevo, porque le había sido muy simpática y, además, era muy bonita, y a Bob le gustaban las cosas bonitas, sobre todo si eran mujeres.

No estuvo mucho tiempo solo, pero no fue Greta, como él deseaba, la que apareció, sino una de las chicas de conjunto de la compañía de Spencer que, desvelada por el frío, se había decidido a bajar al vestíbulo con la vana ilusión de encontrar una buena estufa donde calentarse.

Cuando vio a Bob, le saludó coqueta:

—¡Hola, americano!...

—¡Hola!—contestó el periodista de mala gana, porque estaba pensando en Greta, y en aquel momento ni la Venus de Milo le hubiera hecho impresión.

—¿Quiere usted ayudar a una pobre compatriota? Yo también soy americana.

—Me alegro. ¿En qué puedo servirle? ¿Se trata del incendio del hotel?

—No... no me interesa el incendio...

¡Si a lo menos hubiera estado todavía en llamas, nos hubiera servido de braseró! En este país hace un frío endiablado. Quisiera... que me ofreciera usted un cigarrillo americano.

—¡Oh! Si no se trata más que de esto, con mucho gusto. Tome.

—Gracias... ¿Me permite que me quede con un par?—preguntó ella, al

ir a tomar del paquete el cigarrillo que Bob le ofrecía.

—Puede quedarse el paquete entero... Tengo una caja llena.

—¿De veras me puedo quedar con el paquete?

—Sí.

—¿No lo dice por compromiso?

—No.

—¡Oh... gracias!...

—De nada... Buenas noches—le dijo Bob, que le hablaba secamente, porque le atacaba los nervios aquella chica tan coqueta y tan fastidiosa, cuando él estaba esperando que apareciera de un momento a otro la única mujer que en aquel momento le interesaba y que no era otra que Greta.

—Buenas noches... Pero... perdone... ¿No puede hacerme otro favor?—dijo la muchacha, que quería despertar el interés del periodista, pues estaba acostumbrada a que los hombres respondieran siempre a sus miradas.

—Usted dirá...

—Tengo un ligero dolor en el cuello... Debe ser una dislocación.

—¿Dislocación?

—Sí.

—Yo sé que se pueden dislocar muchas cosas... pero el cuello... la verdad, no lo he oído decir nunca—murmuró Bob.

—¿Quiere usted darme un masaje ligero para ver si se me alivia?

—He hecho muchos oficios en este

mundo... pero no he hecho nunca de masajista—se excusó Bob, de mal talante, porque maldita la gracia que le hacía aquella chica, aunque era bonita y endiabladamente coqueta.

—Pues, el masaje es lo único que me alivia... Ande, sea bueno, hágame un poco de masaje...—insistió ella.

—No veo muy claro todo esto... pero si se empeña... Bien, siéntese aquí, me sacrificaré.

Sentóse la muchacha y Bob, levantándole la cabellera dorada y sedosa, comenzó a hacerle masaje en la nuca y luego en el tobillo, pues también dijo dolerle, con más descos de desmenuarla que de aliviarla.

—¡Ah!... Así... así... ¡Me siento muy aliviada!

—¿De veras?—preguntó Bob, dándole más fuerte, con toda la intención de hacerle daño.

—¡Tiene usted un tacto delicioso! ¡Y tan suave!—suspiró ella.

Bob se mordió los labios con rabia.

—¿Está bien así?—le preguntó.

—No... Todavía un poco más...

Apretó más fuerte, porque en aquel momento acababa de ver a Greta que le volvía la espalda con desdén al encontrarle en aquel trabajo que a ella no le pareció muy digno de un periodista.

Y como en aquel momento llegara Brany, le cogió del brazo y le dijo, imperativo:

—Díce que tengo un tacto delicio-

so... Ahora que pruebe el tuyo... Sigue dándole masaje hasta que se canse... Señorita... éste es el hombre que a usted le hace falta.

Dejó a Brany que siguiera dando masaje a aquella chiquilla caprichosa, y él se fué en busca de Greta.

La chica no se resignó con el cambio. No era lo mismo. El americano que se acababa de marchar le resultaba muy simpático, pero aquel que le había sustituido era como un ogro.

Se levantó bruscamente de la silla y exclamó, desdénosamente:

—¡Oh!...

—¿Qué ha sucedido? ¿Le he hecho daño?

—¡Haría usted una fortuna como masajista! ¡Qué bruto es usted!

—¿De veras?—preguntó Brany, torciendo la boca.

—Sí; basta mirarle y el mal se marcha en seguida, asustado.

—¡Qué angelito!—gruñó Brany, viéndola cómo subía precipitadamente la escalera para ir a encerrarse en su cuarto.

Filosóficamente, Brany fué hacia el comedor, donde Bob se hallaba aposentado ante una succulenta cena.

—¿Has dejado algo para mí?—le preguntó.

—Siéntate... Empecro ahora... ¿Cómo ha ido el masaje?

—Líquidado.

—¿Pues qué ha ocurrido?

—Que la enfermedad se ha austa-
do... sólo de verme... ¡según ha dicho
ella! ¡Claro, no todos tenemos la suer-
te de ser guapos como tú!

—¡Bah!... No hagas caso... ¿Qué te
ha parecido?

—¿Quién? ¿La del masaje?

—No; la rubita de antes.

—Ni siquiera me ha fijado en ella.

—Ya lo he visto... ¡Y hasta la has
tratado mal! Nunca te das cuenta de
lo que tienes delante... Procura abrir
bien los ojos esta vez... Ahora vendrá
con el segundo plato... ¿Entiendes?...
Fíjate bien... ¡Verás qué belleza! ¡Ju-
ventud! ¡Vivacidad! ¡Frescura!...

—Y unos bigotes a la Guillermo se-
gundo... — murmuró Brany, mirando

con asombro al señor Muller, que era
el que venía a servir el segundo plato.

Bob levantó los ojos y se quedó per-
plejo.

—¿Descan algo más los señores? —
preguntó el huero de Muller, con su
sonrisa tranquila.

—Sí... en efecto... queremos...
¿Dónde está la señorita Muller? —
preguntó Bob.

—Ahora está ocupada en la cocina...
Si yo puedo servirles...

—¡Ah!... Sí... gracias... Yo ya no
tengo apetito... Puede servir la cena a
mi amigo.

Se levantó Bob de mal humor y se
fue a dormir, tratando de olvidar...
igual que si estuviera enamorado.

En la buhardilla los tres hermanos Ruiz se morían de frío. Habían entrado en su habitación teniendo que hajar la cabeza porque tropezaban con las vigas, y cuando lograron acomodarse en los catres, con unas mantas delgadas y ralasísimas, que no conseguían reconcentrar el calor del cuerpo, se encontraron con que el frío no les dejaba dormir.

—Vámonos a jugar nos las mantas — dijo uno de ellos, aquel que estaba siempre dispuesto a jugarlo todo.

—¿Apostar?... ¿Para que ganes tú? —replicó el segundo.

—Podrías ganar esta vez—arguyó el tercero.

—Es verdad... Probemos.

—¿Quién tiene una moneda?

—Aquí está. ¡Cara!... —dijo el primero, echando a volar la moneda.

Cayó al suelo con un débil sonido.

—¡Cara! —dijo el que la había lanzado al aire.

Y se apresuró a recoger las otras dos mantas, tapándose bien con ellas, mientras los otros dos se quedaban tiritando.

...

Bob no llegó a su cuarto tan desalentado como había salido del comedor, porque al ir a subir la escalera, se encontró con Greta, que iba a su encuentro.

—¡Oh, buenas noches!—le dijo, deteniéndola.

—Usted perdona... he estado trabajando en la cocina...

—... mientras yo la buscaba—terminó Bob, mirándola fijamente.

—No lo creo—afirmó Greta con un leve tono de tristeza en la voz—. Supongo que le habrá gustado la cena...

—¡Ah... bien!... Espere... ¿a qué hora se desayuna?

—De seis a siete.

—¿De seis a siete de la mañana?

—No pretenderá desayunar a las seis de la tarde.

—No, naturalmente, pero a las seis de la mañana...

—Si quiere desayunar más tarde, no tiene más que decirlo.

—No, no... no quiero ocasionarle molestia ninguna... Desayunaré a las seis.

—Lo que usted quiera...

—Bien... Pero... ¿No hay un poco de ironía en su voz?—preguntó Bob, viendo en el rostro de Greta una seriedad extraña y en la mirada como un revelo que antes no había observado.

—¿Usted cree?—replicó Greta, volviéndole la espalda.

Bob subió a su cuarto y se quedó meditando. Cuando Brany llegó le dijo, por todo comentario:

—Hay un millón de mujeres en París... y te vienes a buscar una al polo norte. ¡Caprichos de la naturaleza humana!

Se durmieron a pesar del frío, del mal humor y del cansancio. Se durmieron como dos angelitos, aunque ni uno ni otro tuvieran nada de tales.

A la mañana siguiente, muy temprano, despertó Bob al escuchar unos golpes dados discretamente en la puerta de la habitación.

—¡Oh, espere, espere! ¡Abro en seguida!—dijo, mientras saltaba precipitadamente de la cama, se ponía una bata elegante y se envolvía el cuello en

un pañuelo de seda, creyendo que era Greta con el desayuno.

Abrió, dibujando en sus labios una encantadora sonrisa, que se trocó en mueca al encontrarse frente a Spencer que entró con su natural enforia.

—Buenos días... Es un verdadero placer... Estoy contentísimo... He leído su nombre abajo y he subido a saludarle...

—Pero... ¿usted, quién es?—Inquirió Bob.

—¡Ah! ¿No se acuerda de mí?

—No le he visto jamás en la vida—afirmó Bob.

—Soy Haley Spencer... En el Ritz, de París, hemos vivido juntos hace seis meses.

—¡Pero si yo he dejado Nueva York hace sólo unas semanas!

—¡Ah!... Es el primer error que cometo en este mundo—dijo Spencer con aplomo—. Empecemos otra vez. Esta segunda prueba saldrá a las mil maravillas.

Salió de la habitación, cerró la puerta, volvió a llamar y entró en otro tono:

—Señor Harris, me llamo Spencer. He visto su nombre abajo y como compatriota me complazco en saludarle... ¡Ja, ja, ja!... ¿Qué le parece esta introducción? ¿Verdad que es perfecta? ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias.

—¿Un cigarrillo?

—No, gracias.

—No... si le pregunto si puede usted darme un cigarrillo—corrigió Spencer al ver que su compatriota había interpretado torcidamente su pregunta.

—Bien... Pero, ¿quiere decirme a qué ha venido usted a mi cuarto?—preguntó Bob que se estaba poniendo de un humor poco recomendable.

—Inmediatamente y con mucho gusto... Pero siéntese... no esté molesto... Vengo a traerle el asunto más interesante que pueda imaginarse para un reportaje periodístico.

—¿Se refiere al incendio?

—No... eso es ya agua pasada... Es algo más grande, mucho más importante para usted... de más actualidad, de más palpitante interés.

—Adelante, vamos...

—Se trata de una muchacha, de una gran artista, la más grande del mundo en su género... No es célebre todavía, pero usted sabrá encumbrarla hasta las estrellas, hasta el pináculo de la gloria...

—Pero yo sufro de vértigos y no puedo subir tan alto... Busque a otro para este asunto—replicó Bob, que no comprendió qué quería de él aquel intruso.

—¡Ah, no, a otro no! ¡Ha de ser usted, precisamente! Perdóne... y tenga paciencia para escucharme... Usted todavía no ha oído nada... El nombre de

esta muchacha aparecerá en todos los periódicos dentro de seis meses... y si usted la sabe lanzar a tiempo...

—¿Pero quién es ese fenómeno?... ¿Qué sabe hacer?

—Patina sobre el hielo... pero es un encanto, una maravilla... ¡Parece una sifide, una libélula, una hespéride!...

—Señor, suprima las esdrújulas, que me molestan.

—¡Ah, si la viera usted patinar! ¡Si viera qué fuego tiene!

—No me interesa el fuego sobre el hielo... Yo he venido aquí solamente para saber quién ha incendiado el Gran Palace Hotel...

—¡Ah!... ¡Es que también yo puedo hablarle de este asunto!—dijo Spencer bajando la voz con tono misterioso y melodramático—. ¿Se ha fijado usted en un tipo muy raro que hay en el hotel, con una barba así de grande y un monóculo?

—Sí, le vi anoche... Estaba muy enfadado porque llamábamos para que nos atendieran.

—Pues se llama Ratosky... y no quiere decir eso que tenga nada que ver con las ratas... Ha venido aquí desde el Gran Palace inmediatamente después del incendio. No habla por teléfono, no recibe cartas, no despacha telegramas, está siempre solo, es arisco, desconfiado y reservado con los extraños...

¿No le parece que estos indicios quieren decir algo?

—¡Hum!... Podiera ser que haya algo de cierto en todo esto...

—Yo le digo que sí... Usted, como periodista, sabrá lo que ha de hacer para averiguarlo. Creo que no será infructuosa nuestra amistad, buenos días, amigo...

Spencer salió de la habitación y Bob se precipitó a Brany, sacudiéndole con fuerza:

—¡Ea, despierta! ¡Vamos! ¡De prisa!—le chilló.

—¿Eh?... ¿Qué pasa?

—¡Vamos, fuera de la cama!

Brany hizo un esfuerzo por salir del camaastro en que había dormido y murmuró:

—Esto es una trampa y no una cama... Si me hubiese hundido más en este hoyo hubiera tenido que sacarme con una grúa.

—Bueno, basta de comentarios y vístete... Tengo trabajo para ti.

—¿Trabajo?... ¿No será otro despacho telegráfico... o bien otra sesión de masaje?—gruñó Brany, comenzando a vestirse.

—No, no... ¿Te acuerdas de aquel fulano que anoche protestó por tus gritos?

—¿Qué fulano?

—El de la barba y el monóculo... ¿Sabes a quién me refiero?

—Sí.

—Pues no lo pierdas de vista... Si-
guete... Es un tipo sospechoso.

—¡Ah!...

—Anda, date prisa, hombre, date pri-
sa... ¡Pareces una tortuga!

Volvieron a llamar a la puerta de
la habitación y Bob se miró en el espe-
jo, se alisó el pelo y dijo con la voz
hueca, de hombre importante:

—¡Adelante!

—Señor Harris... ahora que le he
puesto sobre la pista de lo del Pala-
ce, ayúdeme a lanzar mi descubrimien-
to—dijo Spencer, que era el que vol-
vía a molestar.

—¡Vayase al diablo!—replicó Bob,
empujándolo fuera de la habitación.

—Muchas gracias por su ayuda... Ya
seguiré sus consejos... cuando me ven-
ga en gana... Usted lo pase bien...

Le empujó y lo echó fuera.

—¡Uf!...—exclamó, al verse libre de

aquel importuno—. ¡Adelante!—añá-
dió, respondiendo a una nueva llamada.

Esta vez era el propio Muller que
llegaba con el desayuno.

—Buenos días, señor... El desayuno,
señor...—dijo el buen hombre con su
amabilidad de dueño de hotel acostum-
brado a tratar directamente con la clien-
tela, no siempre muy numerosa.

—¡Ah, gracias!—contestó Bob, de-
cepcionado, puesto que había pasado la
noche soñando en aquel instante, segu-
ro de que sería Greta quien le serviría
el almuerzo.

—¿Ha dormido bien el señor?—pro-
guntó Muller mientras servía el café
con leche.

—Sí, muy bien... gracias...

Se encerró en un mutismo hostil y
Muller no insistió. Sabía comprender
cuando molestaba su conversación y,
discretamente, se marchó, cerrando la
puerta tras sí en silencio.

...

Bob se lanzó a la calle, mejor dicho, al bosque, porque el hotelito estaba rodeado de bosque por todas partes y de la aldea no se veía nada, ya que los pinos seculares la ocultaban por completo.

Anduvo sin orientación fija y llegó al claro del bosque, donde había el círculo de hielo sobre el cual Greta hacía sus cotidianos ejercicios de patín.

Estaba la muchacha sentada en un banco, calzándose los patines, y Bob se acercó a ella.

—¡Buenos días!... ¿Necesita usted ayuda?—le preguntó.

—No, gracias... Sé atármelos yo misma desde los seis años—contestó Greta, un poco hostil, porque todavía no había olvidado el masaje que el americano daba a otra muchacha mientras ella preparaba la cena en la cocina.

—¡Ah!... Pero usted no sabe que yo soy un especialista para estas cosas. Soy joven, fuerte, hábil, y deseo hacer progresos en este arte del patín... Con un poco de práctica llegaré a atar los patines como nadie...—dijo Bob, mien-

tras cruzaba el cordón de la bota de Greta con una agilidad pasmosa.

—¡Huy!... ¡Está demasiado apretado!—murmuró la muchacha.

—Es que todavía no soy más que un aficionado...

—Creo que lo ha hecho usted adrede.

—¿Por qué?

—Para... poder darle... masaje...—replicó Greta muy irónica.

—¡Ah!... ¿Conque celosilla, eh?

—Le aseguro que no.

—¿Entonces a qué vienen esas palabras... y el tonillo en que están dichas?

Greta ya no le contestó. Se había lanzado a la pista y hacía en ella todas las maravillas de su arte incomparable y único.

Bob la miraba, pasmado. Nunca había visto giros tan perfectos, más sabios, deslices, figuras tan armónicas, ni pararse en seco en medio de la pista, como si estuviera bailando sobre terreno firme. ¡Aquello era una maravilla!

—Oiga... oiga... ¿Es usted la muchacha de la que me ha hablado Spencer?—gritó.

Greta dió media vuelta y se deslizó rápida hacia el otro extremo de la pista, con los brazos desplegados como alas y sosteniéndose únicamente en un patín, mientras la otra pierna subía, subía, y la cabeza de la patinadora parecía rozar el suelo. Era como un ave magnífica que planeaba suavemente. Era como una visión. Era como si algo sobrenatural se desplegara ante los ojos admirados de Bob.

Le sacó de su abstracción la voz del viejo Muller que llegaba hasta él casi sin aliento:

—Un telegrama para usted, señor Harris—le dijo, entregándole el despacho telegráfico.

Harris leyó el telegrama. Era del director del periódico y le decía que si no conseguía averiguar nada del misterio que envolvía el incendio del Palacio, que regresara inmediatamente a los Estados Unidos.

Bob se guardó el papelito azul en el bolsillo y, volviéndose a Muller, le dijo:

—Su hija es una patinadora excelente.

—Sí; es la mejor del mundo—afirmó Muller, sin vacilaciones.

—¡Me parece un territorio un poco vasto para hacer tal afirmación!—comentó Bob, saltando una franca carcajada.

Muller se puso muy serio y añadió:

—Lo digo porque sé que es así. Tam-

bién yo un día patiné... y mi hija es mucho mejor que yo... Entiendo bien el arte y la técnica del patín sobre el hielo... y estoy seguro de que ella ganará...

—¿Ganará?... ¿Qué es lo que ha de ganar?—inquirió Bob, intrigado.

—Las próximas Olimpiadas, a las que se presentará.

—¡Ahí... ¿Y es para eso para lo que se adiestra todo el día?

—Sí... Se adiestra así desde hace diez años.

—¡Zambomba!

—¿Le parece demasiado largo?

—Un poquitín...

—Para un territorio tan vasto... como el vasto mundo... es preciso una preparación que esté en consonancia... ¿No lo cree usted así?

—Claro, es evidente... Pero diez años... ¡Son muchos años!

—No lo crea usted, no es exagerado. También yo hice lo mismo, y por eso pude presentarme en las Olimpiadas.

—¿Usted? ¿Usted ha tomado parte en las Olimpiadas?

—Sí, señor.

—¿Y ganó?—preguntó Bob, muy interesado.

Muller bajó la cabeza y replicó tristemente:

—Sí... y no...

—Pero... ¿qué quiere usted decir?

—Que gané... pero que perdí.

—¿Que ganó y perdió?... ¿Cómo puede ser esto?

—Es una historia muy larga y muy triste... Perdóname, señor Harris... tengo mucho que hacer... Quizá otro día se lo cuente...

Se alejó Muller, y Bob llamó a Greta:

—¡Venga!... ¡venga!... Tengo que decirle algo muy importante—le decía, haciendo un hueco con sus manos para que la voz le alcanzara.

Pero Greta seguía haciendo piruetas y acrobacias sobre el hielo, sin dar importancia a los gritos de Bob.

—¡Venga, que tengo algo muy importante que decirle!—repitió él.

—Para mí es más importante prepararme—contestó Greta.

—Conque... no quiere usted venir, ¿verdad?

—No.

—Bien... Lo mibeno da... Iré yo a su encuentro.

Decidido, se calzó Bob los patines de cuchillo y se lanzó a la pista como si toda la vida no hubiera hecho otra cosa más que patinar sobre el hielo.

Pudo guardar el equilibrio hasta llegar a Greta, pero al encontrar un obstáculo en el camino perdió el aplomo, se abrazó a ella y los dos cayeron al suelo, rodando como pelotas.

—Dígame... ¿qué ha querido decir su padre con aquello de la Olimpiada ganada y perdida?—preguntó.

Greta se incorporó rápidamente y replicó, medio enfadada, medio divertida:

—¿Era necesario hacerme caer para preguntarme eso?

—No... pero ya que ahora me escucha, respóndame a lo que le pregunto.

—Mi padre se llama Enrique Muller y venció en las Olimpiadas de patín artístico en 1908... ¿No le recuerdan nada estos datos?—preguntó Greta.

Bob hacía esfuerzos sobrehumanos para levantarse, pero no lograba conseguirlo. ¡Qué cosa tan resbaladiza es el hielo!—pensaba—. ¡Y sobre todo, cuando se calzan patines de cuchillo!

—¿Enrique Muller? —repitió—. ¿1908?... ¡Pero si yo no había nacido aún! ¡Ah!... Pero espere... si... algo he oído decir... ¿No le quitaron el título de campeón por estar acusado de profesionalismo?

—Sí... Y lo más triste es que era una acusación falsa—explicó Greta.

—¿Pero cómo es posible?... ¿No pudo probar su inocencia?

—No.

—No lo entiendo.

—Le acusaron de haber aceptado dinero por dar lecciones de patín sobre hielo a un inglés.

—¿Y no era verdad?

—No. Papá, no aceptó dinero... Le hicieron únicamente un regalo para que pudiera comprarse los patines para presentarse en las Olimpiadas...



—Yo tengo un hombre de lobo—comentó uno de los hermanos Ruiz.



El resto de la troupe permanecía silencioso, anonadado, birlando...



—Y comida—añadió la señora Spencer, que estaba muerta de hambre.



...les acompañó hasta su habitación...



...cogió al hombre por las solapas...



—Telégrafos está cerrado a estas horas.



—no he hecho nunca de mozojato.



—¡Animo, muchachos! ¡Coman bien, coman!



—Si me deja a solas con él, ya le convenceré.



—¡Qué bien se saben comprender dos corazones jóvenes!...



—[Viva! Greta Muller!]



—Viva!... Viva!



—¡Has estado magnífico, chiquilla!



—¡Greta! ¡El hijo es tuyo!



El éxito fué enorme, enloquecedor...



...coreaban a la "estrella" docenas de parejas...

—¿Y no expuso esta razón al Comité?

—Sí; pero no le creyeron y le descalificaron.

—Si le descalificaron es que estimaron que la excusa no era cierta.

—No era excusa... ¡Era la pura verdad!... Pero el Comité, como usted, no supo comprender nada...

Greta se alejó en un rápido desliz y Bob, muy importante, le dijo:

—¡Ahora verá cómo yo también sé patinar solo!

Pero no hizo más que hacer una exhibición de caídas, y si hubiese llegado a haber premio de caídas en las Olimpiadas, era seguro que Bob se llevaba el título de campeón mundial.

* * *

Cuando Bob llegó al hotel, pidió conferencia con el director de su periódico.

—Al habla Bob Harris—le dijo—. Sí... oye... me quede aquí unos días más... No... no es nada del lucenio... ¡Pero he descubierto la historia más grande y más patética del mundo deportivo que haya aparecido jamás en los periódicos!... ¿Te acuerdas de Enrique Muller, el que venció en las Olimpiadas de Patin el año 1908?

—No... no me acuerdo...—contestó la lejana voz del director a través del teléfono.

—¿No te acuerdas que le quitaron el título?... Sí... Fue un gran escándalo en aquellos tiempos... Bueno... En fin... es una historia... Ha preparado a su hija desde la infancia para que tome parte en las Olimpiadas de este año y conquiste ella el título que él no pudo alcanzar... ¿Qué te parece como noticia?

—No está mal... Quédate ahí... y escribe un reportaje. Y sobre el asunto del Palace, ¿nada?

—No... Es decir, sí... Hay alguna cosa... Estoy siguiendo una pista... Hay un tipo que tiene aspecto sospechoso... Brany corre tras de sus huellas...

Bob salió de la cabina satisfecho. Había conseguido permiso de su periódico para continuar allí, lo que equivalía a decir que podía seguir al lado de Greta tanto tiempo cuanto estimara preciso para llegar a su corazón. Bob era americano; era periodista americano; doble razón para que imprimiera a sus acciones la máxima velocidad. Y estaba seguro que para conquistar el corazón de una muchachita suiza no necesitaría mucho más tiempo que para conquistar el corazón de cualquier muchacha americana. ¡Los corazones de las mujeres tienen tanta semejanza entre sí, sean del país que sean!

Spencer también estaba contento. Había hablado con el empresario del casino de Saint-Moritz.

—He recibido su telegrama—le decía el empresario—y no sé si su compañía me conviene o no, pero si su patinadora es buena de verdad, le conce-

deré una prueba antes de firmar el contrato en firme.

—¿Una prueba? — replicó Spencer— ¡Oh, no podemos conceder una prueba! Tenemos muchos compromisos que atender... Podría, acaso, convenir a mis artistas para dar un espectáculo como prueba... pero siempre mediante el pago de una cantidad convenida...

—Está bien — replicó el empresario—. Le daré novecientos cincuenta francos, y si el espectáculo tiene éxito podré ofrecerle un contrato de un par de meses.

—Bien, aceptado.

—Así... ¿puedo contar con la pequeña patinadora?— insistió el empresario.

Y Spencer, seguro de sí mismo, confió como siempre, porque a él nunca le habían amilanado sus fracasos, replicó con aplomo:

—Desde luego, puede contar con la muchacha... ¡Es nuestra estrella!... ¡Claro que sí!... Bien... Mañana por la noche... Convenido... Gracias, mil gracias... ¡Pues no faltaba más!

Cuando entró en el comedor donde toda su compañía calentaba el estómago antes de que el propietario del hotel suprimiera platos al ver que no combraba, dijo a sus huéspedes:

—¡Animo, muchachos! ¡Coman bien, coman!... ¡Todo marcha a pedir de boca!

—¡Y que no pida poco la boca, después de tanto tiempo que la hemos tenido en ayunas!— replicó su mujer, diciéndole aquella mirada burlona y desdeñosa con que le obsequiaba constantemente.

...

Bob se había encontrado con Brany cuando éste volvía de una larga carrera en pos de aquel tipo sospechoso que era preciso vigilar.

—¿Qué haces aquí? — le preguntó Bob al verlo sentado en una de las butacas del vestíbulo con dos grandes raquetas en los pies—. Yo creí que estabas siguiendo a Ratosky.

—Y le he seguido más de diez kilómetros con estas raquetas de tenis...

—¿Y qué?

—Hasta ahora todo ha ido mal... Verás... Me he agachado un momento para atarme la bota... y ha desaparecido de mi vista!...

—¿A diez kilómetros de distancia? —inquirió Bob con eorna, mostrando a Brany la figura del desconocido que en aquel momento bajaba tranquilamente la escalera del hotel.

—¡Es prestidigitador! —exclamó Brany, extrañadísimo.

Los dos amigos cenaron y se fueron a dormir.

Al día siguiente, Bob no vió a Greta en todo el día. No comprendía qué

se había hecho de ella. La buscó por todas partes y no supo encontrarla. No la vió ni un solo momento en la pista, preparándose.

A media tarde, oyó cómo Ratosky decía a Muller:

—Dígale a su hija que me prepare la cena más pronto.

—Ha ido a Saint-Moritz a pasar todo el día con la compañía de artistas que está aquí. Pero yo tendré mucho gusto en servirle, señor—contestó Muller.

—¡Ah!... Al fin se ha ido toda aquella gente extraña que hacía tanto ruido... Ya me parecía a mí que había una calma extraordinaria en el hotel.

Bob se adelantó a Ratosky y le dijo:

—Usted perdona... Yo soy del "Nuevo Herald"... A nosotros nos interesa muchísimo tener noticias sobre el incendio del Gran Palace Hotel, y me han dicho que usted se alojaba allí cuando ocurrió el incendio... ¿Podría decirme algo?

—Yo no sé nada—contestó Ratosky, secamente—. Además, tengo la buena

costumbre de no hablar nunca con los periodistas.

—¿Quien tiene algo que esconder no habla nunca a los periodistas... ¿Tiene usted algo que ocultar, señor Ratosky? —preguntó Bob intencionadamente.

—Buenos días—replicó Ratosky, sin contestar a la pregunta y dirigiéndose decidido hacia la puerta.

—¿Damos un paseo juntos?—le dijo Brany, interponiéndose en su camino.

—Es mejor que no—contestó Ratosky, saliendo muy serio y muy altivo.

—¡Esta vez no se me escapa!—añadió Brany, saliendo precipitadamente tras él, dispuesto a seguirle aunque fuera hasta el fin del mundo.

Cuando Bob se quedó solo se dirigió al señor Muller y le preguntó:

—¿Qué ha ido a hacer Greta a Saint-Moritz con toda esa gente?

—Debido a las gestiones del señor Spencer, Greta dará esta noche en Saint-Moritz una exhibición de patin artístico —respondió el padre, con mucho orgullo.

—¿Caramba!... Me gustaría verla... ¿Cómo puedo ir a Saint-Moritz?

—La manera más fácil es alquilar una cabaña. Yo mismo puedo proporcionársela, si usted quiere.

—Sí, sí... gracias... Oiga, y perdono... cuando han traído aquí el equipaje de Ratosky, ¿no ha notado nada que... que pudiera parecer sospechoso?

—¿Sospechoso? — preguntó Muller, no comprendiendo bien qué era lo que quería saber el periodista americano.

—Sí.

—No... no he notado nada... A no ser el revólver y los fusiles... Tiene muchos, y a menudo le gusta ir a cazar...

—Bien, bien... Quiero salir inmediatamente para Saint-Moritz.

—Pónganse ropa de abrigo, señor Harris. Hace mucho frío en el camino de Saint-Moritz...

Bob llegó al Casino cuando la representación había empesado. Se quedó suspendido viendo a Greta, deslumbrante de hermosura bajo los reflectores potentes que iluminaban la pista, hacer una exhibición magnífica de su arte inigualable, y la siguió con sus pupilas maravilladas en todos los giros y en todos los pasos de baile que eran la perfección misma y que arrancaban del público espontáneos aplausos.

Pero de pronto se dió cuenta de que la orquesta que acompañaba a Greta en su baile sobre el hielo, era la orquesta formada por los artistas de Spencer, y Bob comprendió inmediatamente lo que allí ocurría.

Al terminar el número de Greta corrió hacia ella, mientras Spencer la felicitaba con verbo vehemente, diciéndole:

—¡Greta, ha estado usted soberbia, magnífica, maravillosa!... ¡No he visto

nada igual en toda mi vida! ¡Ha fascinado al público!... ¡Oiga cómo aplauden frenéticos!... Acepte un consejo, Greta: en el próximo número extreme más sus piruetas. ¿Verdad, Harris, que debe extremarlas?

Bob la cogió del brazo y le dijo imperiosamente:

—¡Vístase en seguida y vámonos a casa!

—Pero... ¿por qué? ¿Qué sucede?

—Inquirió Spencer, extrañado, ante aquella actitud de Bob.

—He dicho que se quite los patines y que se vista.

—Pero Greta todavía tiene dos números que hacer...

—¡No los hará!—aseguró Bob en tono que no admitía réplicas—. Ya le ha hecho usted bastante daño, señor Spencer.

—¿Daño yo que le lanzo al público? ¿Quiere usted explicar sus palabras?

—El hecho de exhibirse con una cuadrilla de artistas profesionales, conviérte en profesional también a Greta... y así, seguramente, no podría participar en las Olimpiadas.

—¡Bien!... ¿Y eso qué importa?—replicó Spencer, que no daba importancia ninguna a aquel hecho.

—¡Oh, no!—suspiró Greta—. ¡Sería un disgusto mortal para mi padre!... Usted me ha asegurado que esto no era más que una exhibición...

—¿Un disgusto mortal para su padre? ¿A qué le llama usted disgusto mortal? ¿A ganar millones y millones en muy poco tiempo?... Además... ¿usted, ¿qué le importan las Olimpiadas?—añadió Spencer, volviéndose a Bob, que había ido a estropearle todos sus planes y sus proyectos fabulosos.

—Yo no soy más que un simple periodista, lo sé... Un individuo que nunca sabe nada... pero esta vez tengo una información muchísimo mejor que la de usted, Muller ha preparado a Greta durante diez años para que venciera en las Olimpiadas; y esto para él es muy importante, por razones que... que ahora es inútil discutir...

—¡Ah!... Pero, ¿qué es más importante: una copa de plata o un porvenir de oro?... Greta será la atracción más sorprendente que jamás haya visto el mundo.

—¡Espere un momento!...—murmuró Bob, atajando la verborrea del empresario fracasado.

—¿Por qué he de esperar?... ¡Yo la he descubierto y me la quedo!... No intente quitármela... porque, si no, le doy un metido que le pongo en la puerta—dijo Spencer.

Pero su mujer le dió tan formidable pisotón que lanzó un quejido:

—¡Aaaaaay!...

—¿Quiere disculparnos, caballero?—intervino la señora Spencer, que no

acaba ningún interés en que su marido se apasionara tanto por aquella... "atracción"—. Mi marido es un poco duro de sesera, y a veces, con una seguridad, entiende mejor... Si me deja a solas con él, yo le convenceré...

—Bien, señora... A sus pies.

La señora de Spencer se enfrentó con su marido cuando estuvieron solos y le dijo:

—Toda la vida serás idiota.

—¿Y tú una colosa?

—¿Yo?...

—Sí, tú... ¿Por qué, si no, te has involucrado en este asunto?

—Porque tú, por hablar demasiado, tirabas un millón a la calle...

—¿Luego le das la razón a él?... ¿También tú quieres que se nos la lleve?

—¡Claro!... Haz el favor de escucharme y esfuerzate en comprenderme. Estira bien las orejas y así lo que te

digo te entrará, quizá, en la mollera... Hasta ahora, ¿quién conoce a Greta Muller? ¿Quién ha oído hablar de Greta Muller? ¡Nadie! Pero si vence en las Olimpiadas... ¡será tan famosa como Jack Dempsey o como Max Schmeling... ¿comprendes?... Si tú dejas hacer al muchacho, él se te lleva una patinadora cualquiera... ¡y te la devolverá campeona del mundo!

—Pues es verdad, mujer... Tienes razón... Con todos estos líos no se me había ocurrido...

—¡Oh!... ¿Pero es que alguna vez se te ha ocurrido algo que no fuera un disparate? Pero ya que al fin has comprendido... ¡procura no volver a cometer una de tus famosas majaderías!

—¿Cuándo son las Olimpiadas?

—¡Dentro de una semana!

—Entonces... dentro de quince días... ¡todos millonarios! —afirmó Spencer, dando un brinco de alegría.

...

El empresario del Gran Casino se acercó a Spencer y le dijo, impaciente ante el retraso que sufrían las atracciones:

—¿Dónde está la patinadora? Dígale que se apresure. El público la está reclamando...

—Puede reclamarla tanto cuanto quiera —replicó Spencer, con gesto altivo—. Por esta noche ya se ha exhibido bastante.

—¡Pero esto no puede ser! ¡Esto no es lo pactado!

—¡Ah!... No podrá ser... pero será. Es tal como yo lo digo, señor. Greta no es más que una infinitesimal parte del espectáculo, una parte insignificante, mínima...

—¡Usted me había dicho que era la estrella!

—¡Oh, señor mío! ¿Qué poco conoce usted la astronomía!... Las estrellas suben... después caen... Ahora déjeme exhibirle los otros números que componen mi compañía... le aseguro que compensarán la espera... ¡Le presentaré un número sensacional, magnífico,

extraordinario!... ¡Los Hermanos Ruiz!

Y mientras los Hermanos Ruiz divertían al público con sus payasadas desde la pista del Gran Casino de Saint-Moritz, por los caminos de nieve y tamizados de luz de luna, marchaban sin prisa, llevados por el caballero que tiraba de la eslita, Greta y Bob, envueltos en sus abrigos de pieles, tapados con una gruesa manta que les preservaba del cruel frío de la noche helada de las altas montañas suizas.

Miraba Greta de vez en cuando a su caballero, y le sonreía con sus ojillos pícaros, mientras se acercaba más a él, como buscando calorillo a su cuerpo aterido.

—Fíjese bien, señorita —le dijo el periodista con gran seriedad, como si fuera a citar una sentencia—. Cuando voy con una muchacha en eslita, a la luz de la luna, no tolero que me llame señor Harris.

—¿Le he llamado señor Harris?

—Sí, al salir del Casino me ha dicho usted: "Señor Harris..." ¡Y eso no lo consentiré jamás!

—Entonces... le llamaré... Bob.

—Así esté mejor—replicó Bob, mirando a la muchacha con una sonrisa en la que expresó toda la admiración que hacia ella sentía y todo lo que en los más recónditos rincones de su corazón despertaban aquellos ojitos vivaces y traviesos.

—Bob... —murmuró Greta, complacida de la mirada y de la sonrisa del muchacho—, quiero darle las gracias por lo que ha hecho por mí...

—No es nada.

—Sí, es mucho, porque me ha salvado. Ahora comprendo lo grave que hubiera sido para mi padre, y para mí también, quedar descalificada para las Olimpiadas.

—Lo he hecho en interés propio—dijo Bob, que no quería dar a entender su amor a la chiquilla.

—No; no es verdad; usted no puede tener interés ninguno personal en que yo gane o pierda en las Olimpiadas...

—¡Oh, le aseguro que sí! —afirmó Bob, manteniéndose serio—. Un repórter no deja nunca que un asunto interesante se agote, y la historia de su padre es interesantísima...

—Pero hubiera tenido otra historia mejor si usted no hubiese corrido a tiempo a salvarme...

—Quizás es verdad... Seguramente hubiera hecho mejor callándome... Me he equivocado... ¡Un buen artículo que

se ha esfumado en el aire!... ¡Oh, mi director no estará muy contento de mí!... Pero, ¡qué importa!... ¿Sabe una cosa? En América los muchachos, generalmente, abrazan a las muchachas cuando van en eslita...

—¡Oh, en Suiza pasa lo mismo! —replicó Greta, acercándose más a Bob, mientras éste le rodeaba el talle con un brazo y la estrechaba dulcemente contra sí.

Marcharon así, en silencio, bajo la luz de la luna, embriagados en el éxtasis de aquel momento.

—¿En qué piensa usted?—preguntó Bob, interrumpiendo el silencio.

—En usted—contestó Greta, infantil.

—¿Bien, o mal?

—Pues... no sé qué decirle...

—¿Por qué no?

—Porque pienso cosas contradictorias.

—Veamos, veamos... explíquese, porque eso está un poco confuso.

—La primera vez que le vi, pensé muy bien de usted... La segunda vez, no tanto... Esta noche, lo que ha hecho usted por mí, me ha hecho pensar de nuevo que la primera vez tenía razón... Así es que estoy confusa... y no sé si pícaso de usted bien o mal...

Bob se rió y dijo, después de su franca carejada:

—Mi madre me decía siempre: "Atente a la primera impresión: es la mejor".

—Y quizá tenía razón...

Se miraron a los ojos, se sonrieron y todos los temores de la chiquilla quedaron desvanecidos. ¡Qué bien se saben

comprender dos corazones jóvenes, reflejados en unas pupilas ardientes, cuando la luz de la luna tamiza imperfecciones y suaviza asperezas!

• •

Cuando Spencer entró en la habitación del hotel, aquello parecía un campo de Agramante, como si hubiera pasado por allí un batallón de caballería, o hubiese ocurrido un terremoto, o una patrulla de bandidos se hubiera divertido lanzándolo todo al aire.

Miró consternado por todas partes y descubrió, al fin, a su esposa, metida debajo de la cama, entre montones de ropa.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Qué estás haciendo ahí?... ¿Qué ha sucedido? ¿Han entrado ladrones? ¿Se ha producido un terremoto?... ¿O es locura precoz? —le preguntó, obligándola a levantarse.

La señora Spencer le miró fijamente y le preguntó, como si interrogara a un criminal:

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¿Dónde está? —repitió, mirándole más de cerca todavía.

—¿Dónde está quién?... Si no te explicas no te entiendo. ¿De qué estás hablando?

—Tú sabes bien lo que busco.

—Hija mía, no soy adivino.

—¿Qué has hecho del dinero que ganaste anoche en Saint-Moritz? —preguntó la esposa con ojos desorbitados.

—¡Ah!... ¡El dinero!... Querida, puedes ahorrarte todas esas acrobacias, porque el dinero no existe...

—¿No?

—No.

—¿Y cómo has podido gastarte, desde ayer, los novecientos cincuenta francos que te dieron?

—¡Es tan fácil gastar dinero! —suspiró Spencer, que encontraba mucho más cómodo gastarlo que ganarlo.

—Bien... pero no crean que hayas encontrado por aquí esbaveta donde de-rochar esa cantidad...

—No, amiga mía... He pagado una deuda—confesó Spencer, muy digna.

—¿Tú?... ¡Pagar una deuda!... ¡Oh, no te conocía esa mala costumbre! —suspiró la esposa, desalentada.

—Sí... Y además me he comprado un traje.

—¡Y otra vez sin blanca!... ¡Como siempre!... ¿Qué piensas hacer ahora?

—Nada... ¿Qué quieres que haga? Esperemos a que Greta viniera en las Olimpiadas y entonces empezaremos a ganar...

—¡Entonces!... Pero, ¿y ahora? ¿De qué vamos a comer? ¿Cómo vamos a pasar esos quince días? ¿Cómo pagaremos la cuenta del hotel?

—¿Qué cuenta? ¿Pero qué estás diciendo? ¿Quién quiere que nos moleste con cuentas, mientras estamos aquí? ¡Muller!... ¡Oh, no digas tonterías!... Al menos, por una vez, no digas tonterías, querida... Mira, hazme arreglar estos zapatos: tienen la suela rota.

Llamaron en aquel momento a la puerta del cuarto, y Spencer contestó muy sereno y tranquilo, sin darse cuenta del estado en que se hallaba la habitación que parecía haber sufrido un saqueo.

—¡Adelante!

Se abrió la puerta y entró Muller:

—Ustedes perdonen, señores... ¡Santo Dios!—exclamó, llevándose las manos a la cabeza al ver aquella algarrabía—. ¿Qué les ha sucedido?

—¡Ja, ja, ja!—rió Spencer, sin perder su aplomo—. ¡No es nada! Mi mujer, que ha ido a la casa del tesoro... ¡Es un nuevo juego que hemos inventado y que es muy divertido!...

Muller sonrió, sin lograr reírse como lo hacía Spencer, y cuando se calmó la hilaridad de éste, Muller, un poco cohibido, un poco cortado, comenzó diciendo:

—¿Podría usted hacerme un favor, señor Spencer?

—Hacerle un favor será para mí un placer, señor Muller. Pida usted... pida...

—Pues... verá... Yo quisiera... que Greta lo tuviera todo preparado para su viaje a Alemania para las Olimpiadas... y la pobre no tiene nada todavía. Necesita patines, un traje nuevo... en fin, toda esa infinidad de chucherías que necesita una mujer para estar bonita... ¿comprende?

—Perfectamente... y me parece muy razonable... Pero no veo la relación que eso pueda tener...

—Sí, señor... Yo quisiera pedirle a usted que... me saldara una pequeña parte de la cuenta...

—Naturalmente... claro... es lógico... Y, ¿cuánto, más o menos?—pre-

gunfo Spencer, sin alterarse, porque en frescura no conocía límites.

—¿Sería mucho pedir... quinientos francos? — dijo Muller, bajando los ojos, como si se avergonzara de pedir lo que era suyo.

—¡Oh, no!... — exclamó esta vez la señora de Spencer, con aquella ironía que ponía siempre en sus palabras— ¡No!... En cuanto a pedir puede usted pedir lo que quiera...

—Mi esposa tiene razón... Puede usted pedir lo que quiera... pero, naturalmente, señor Muller, tengo que ir al pueblo a cobrar un cheque... En estos momentos no tengo en efectivo esa cantidad... Pero vuelvo dentro de poca... Voy al pueblo y regreso en el acto...

—Es usted muy amable... Gracias, gracias, señor Spencer; no esperaba menos de un caballero como usted.

—Vaya tranquilo, mi buen amigo, vaya tranquilo — replicó Spencer, con un aire protector tan exagerado, que su mujer le echó una mirada fulminante.

Muller iba a salir, pero volvió sobre sus pasos y le dijo con el rostro muy alegre:

—¡Ah, se me olvidaba decirles que ya han aparecido mis medallas!

—¿Eh?...

—¿Qué dice?...

—¿No lo sabían ustedes?

—No.

—Sí, durante su ausencia desapare-

cieron mis medallas, las que tengo abajo, en la vitrina, los trofeos de mis triunfos de patinaje... ¡Un robo, el primero en veinte años! ¡Habían robado mis medallas!

—¿Un robo de medallas?... ¿Eran buenas? — preguntó la señora Spencer, mirando de soslayo a su marido, que disimulaba distraidamente.

—Sí, señora: eran de oro.

—¿Y dice que han aparecido?

—Sí... Esto es lo más raro... Cuando la policía vino a hacer el inventario de lo que faltaba, todo estaba en su sitio.

—Realmente, es muy extraño — afirmó Spencer, sin mirar a su mujer, porque tenía la muda acusación que leería en sus ojos—. Menos mal que el ladrón ha debido de tener una crisis de conciencia y ha repuesto lo robado.

—Sí, habrá sido eso... El caso es que las ha devuelto. Así no se ha perdido nada.

—Lo celebramos mucho, mi querido Muller, lo celebramos mucho — dijo Spencer saludando al dueño del hotel con mucha deferencia.

Cuando el matrimonio Spencer quedó solo, la esposa se cuadró ante su marido y le interrogó en silencio, reprochándole con la mirada y la actitud su conducta.

—Perdona, hija mía — dijo él con-
fesiendo sin necesidad de esfuerzo algu-

no—, me hicieron falta para ir a Saint-Moritz...

—Has cambiado mucho, Tadeo Spencer — suspiró ella sin dejar de mirarle.

—Ya te digo que tuve que tomarlas para el viaje...

—No... ¡pero si lo que me extraña es que las hayas devuelto!!... Y ahora, ¿cómo harás para encontrar los quinientos francos que te ha pedido?

—No sé... ¡Déjame en paz!... He de reflexionar mucho.

—Temo que no sabrás hacer otra cosa que recurrir de nuevo a las medallas.

—Vive... y no digas tonterías... El caso es vivir...

Volvieron a interrumpirse. Ahora la que llamaba era una de las chicas de conjunto de Spencer. Llevaba un gran timbal y, mostrándoselo al señor director, le dijo consternada:

—Se ha estropeado...

—¡Oh, las mujeres sólo sirven para estropearlo todo!—gritó Spencer.

—Yo lo arreglaré, Tadeo, no te preocupes—replicó su esposa que, cuando veía a su marido de veras preocupado, trataba por todos los medios de solucionar los conflictos.

—No es éste el momento de venir a darme disgustos... ¿Por qué me mole-

stas cuando tengo que pensar cosas serias?

—¿Qué puedo hacer yo, si el frío lo ha reventado? —inquirió la muchacha del timbal.

Spencer se acercó a ella, miró el timbal magnífico y le preguntó, dulcificando el tono:

—¿Cuánto hemos pagado por esto?

—Cien dólares— replicó su esposa, que era la que llevaba la contabilidad, cuando había posibilidad de llevarla.

—Está aún en buen estado... porque ese desperfecto no tiene importancia... ¿Dónde está tu trombón? —añadió.

—Ahí encima... ¿Por qué? — preguntó la esposa.

Spencer tomó los dos instrumentos, disponiéndose a salir.

—¡Ah, no, no!—gritó su esposa comprendiendo lo que quería hacer con ellos—. ¡Te digo que no, hijo mío!... Tú no venderás nuestros instrumentos. ¿Con qué vamos a tocar luego?

—No te apures... Te compraré una serie de platillos—replicó Spencer, sin hacer caso de las protestas de su esposa, saliendo de la habitación con los instrumentos para hacer con ellos dinero suficiente para seguir viviendo en el hotel de Muller hasta después de realizada la gran prueba de Greta en las Olimpiadas.

...

La noche anterior a la gran prueba deportiva, toda la compañía de Spencer se hallaba reunida en el comedor del hotel, celebrando el acontecimiento.

Spencer levantó el vaso y propuso:

—¡Brindemos por Greta Muller!... ¡Por la reina del hielo!... ¡Por la que mañana será campeona olímpica y nos hará estar a todos orgullosos de ella! ¡Viva Greta Muller!

Todos levantaron los vasos y gritaron:

—¡Viva Greta Muller!

Greta estaba muy emocionada y no hacía más que reír con una risita menuda y nerviosa, mirando a Bob, que había logrado sentarse a su lado en la mesa.

—Y ahora—siguió diciendo Spencer,—me gustaría que viniera... Oye, ¿dónde está aquel tipo que...?

—¿El tocador de armónica? —inquirió la señora de Spencer, adivinando el pensamiento de su marido.

—Sí.

—Desapareció... Le hemos perdido en el camino, Tadeo.

—No, señora, yo le he visto esta mañana—dijo Muller—. Me ha dicho que es hijo de este pueblo y que venía aquí cuando ustedes le encontraron en el tren.

—¡Y lo bueno es que le pagamos el billete, creyendo que iba a otra parte!

Spencer se puso en pie, carraspeó un poco y dijo, cuando se dió cuenta de que todos estaban dispuestos a escucharle:

—Amigos míos... ¿queréis saber ahora por qué os he reunido aquí esta noche?

—El por qué acaso te será fácil explicarlo... Lo que no podrás explicar nunca es cómo lo has hecho —murmuró la señora de Spencer en voz tan baja que sólo en espuso pudo oírla.

Spencer no hizo caso de las palabras de su esposa, y siguió diciendo:

—Todos estamos nerviosos por lo de mañana... Por eso he querido que pasáramos juntos estas últimas horas... Hemos de calmar nuestros nervios y tener serenidad... ¡Greta es una pluma, un prodigio!... Ha de vencer y ven-

cerál... Por eso hemos de comer y estar alegres, muy alegres, como si el triunfo nos coronara ya a todas...

—¡Viva, viva!... — gritaron todos con entusiasmo.

—Y ahora, queridos amigos, os dirigirá la palabra el padre de la campeona, nuestro querido Muller.

Levantóse Muller muy turbado, miró a todos con ojos húmedos, se limpió la boca con el dorso de la mano y murmuró, balbuciente como un niño recién salido de la escuela al que se le obligara a hablar en público:

—No puedo decirles más que... que... ¡Gracias!... ¡Gracias por vuestra amabilidad y vuestra simpatía!... Con buenos amigos como vosotros en torno de mi hija y de mí, yo no pueda arrear que Greta pierda... ¡Oh, gracias!...

Estaba tan emocionado, que la voz se le rompió en la garganta y no pudo seguir.

Todos aplaudieron y lanzaron muchos vivas y vaciaron los vasos.

Los tres hermanos Ruiz, que estaban en un rincón un poco abandonados del resto de los comensales, miraban con ojos asombrados tres magníficos filetes que les habían servido, uno a cada uno de ellos.

—¿Apostamos? — dijo aquel que gustaba siempre de apostar lo todo.

—Apostemos — contestaron los otros dos, con el ansia de ganar.

Sacó una moneda, la lanzó al aire y dijo:

—¡Cara!

Cayó la moneda.

—Cara... — repitió, guardándola en el bolsillo—. La fortuna sigue sonriéndome... ¡Soy un caso!... Hasta ahora, he ganado siempre.

Y sirviéndose los dos filetes que correspondían a sus hermanos, se los comió con glotonería, mientras los otros dos se apretaban un poco más el cinturón.

Brady, entre tanto, se había acercado a la señora Spencer, que no le disgustaba, y le preguntó:

—¿Se divierte usted mucho?

—¡Muchísimo!... ¡Ya lo ve! — contestó ella con una cara de aburrimiento que era un poema de expresión—. ¿Sabe lo que nos coceta la fiestecita?

—No.

—Dos tambores, un violín y un saxófono... ¡Fijese lo que nos queda!... —añadió mostrando a tres muchachas que en el tablado se esforzaban en tocar, sin ser oídas por nadie, porque eran los instrumentos menos sonoros y brillantes los que habían quedado.

Bob, acercándose un poco a Greta, le cogió la mano y le preguntó, procurando entablar con ella diálogo aparte:

—¿Has oído lo que ha dicho Tadeo

Spencer de que todos debemos estar tranquilos?

—Sí.

—¿Y por qué no lo estás?

—Sí lo estoy...—murmuró Greta, un poco nerviosa.

—¿Estás emocionada por lo de mañana?

—No...

—Sí... un poco... di la verdad... ¡No has de estarlo!... Pero tú no puedes dejar de venir.

—¿Por qué?

—Por tres razones. ¡Por tres grandes razones!

—¿Tres grandes razones? — repitió Greta, sin comprender.

—Sí... Por tu padre... Por tu patria... y...

—¿Y...?

—Por un cierto señor Bob Harris que tiene puesta en tí toda su fe...

Se estrecharon la mano y sonrieron los dos muy felices, como si acabaran de hacerse la más apasionada declaración de amor. Y es que la juventud no

necesita de palabras grandilocuentes para comprenderse, cuando es el corazón el que habla más fuerte que todo.

De pronto invadió el comedor un tumulto de voces extrañas y un grupo de hombres, vestidos de un modo pintoresco, según la usanza del país, irrumpió en él. Al frente del grupo iba el tocador de ocarina, aquel a quien creían perdido.

—Pero... ¿qué es eso?... ¿Qué pasa?—preguntó Spencer.

Y el tocador de ocarina, con su hablar chapurreado, replicó:

—Son mis primos...

—¿Sus primos?

—Ya bol, ya bol...

—¿Y todos tocan?

—Ya... Todos tocan...

—¿Van a tocar para nosotros?

—Ya... ¡Chitón!—rió el hombre de la ocarina.

Y el cómico grupo les dió un magnífico concierto con aquellos pequeños instrumentos que sabían manejar primorosamente entre sus labios.

...

El estadio dispuesto para las olimpiadas rebosaba público, un público cosmopolita, abigarrado, heterogéneo, que se congregaba en aquel recinto ávido de la emoción suprema de la gran prueba deportiva que se disputaba enconadamente.

Bob y Brany ocupaban sus puestos en la tribuna de la prensa y Brany se afanaba contando con mucha atención:

—Treinta y siete... cuarenta y ocho... sesenta y tres...

—Pero... ¿qué diablos estás contando?—preguntó Bob.

—Las barbas... ¡Hay una abundancia de barbudos hoy aquí!... Y estoy seguro de que ese misterioso Ratosky está detrás de alguna de ellas...

Sobre la pista se deslizaban las figuras de las que, en representación de diversos países, se presentaban a la prueba deportiva.

Greta esperaba su turno. Su padre estaba junto a ella animándola, aunque el pobre hombre se sentía tan emocionado o más que ella misma.

—Papá, estoy muy nerviosa — le decía la chiquilla, mientras se estaba los patines.

—La comprendo, hija mía... Sé lo que es esto... También yo he sentido todo lo que tú sientes en estos momentos. Lo pasé, hace muchos años y puedo asegurarte que cuando saigas de aquí, cuando sientes los patines sobre la pista helada, los diez años de práctica te darán confianza y valor.

—¡Oh, papá, cuánto me animan tus palabras!

—Ten confianza, hija.

—La tengo, papá.

—No olvides que la seguridad de uno mismo es lo que hace triunfar en la vida. Y tú estás segura, muy segura de ti misma, Greta.

—Pero... ¿tú crees que mis nervios no me harán perder?

—No, criatura... Esto les pasa a todos los atletas cuando van a presentarse en público: antes de salir al ruedo, gran nerviosidad, pero cuando están en él, sienten el aplomo y la seguridad que

tú misma sentirás en cuanto te lances a la pista helada.

—¡Ah!... ¡Si yo estuviera segura de la victoria!—suspiró Greta, levantando al cielo sus ojos vivaces y brillantes.

—Hija mía, tengo la seguridad de que vencerás; pero, aunque así no fuese, no me importaría, porque serías siempre la segunda patinadora del mundo. Podrías insistir, si no vences en esta primera prueba. Pero la victoria, Greta, es un peligro, un gran peligro... ¡Para todas, hija mía, para todas!...— insistió Muller, moviendo la cabeza ante la mirada interrogadora de su hija.

—¿Peligro, papá? ¿Y por qué ha de ser un peligro la victoria?

—Porque si se triunfa, la vida cambia de repente. Ahora eres una niña desconocida, ignorada... y si vences, te encontrarás de pronto rodeada de personas importantes que te propondrán grandes cosas... Se te prometerán ganancias. Se te plantará un brillante porvenir si te pasas al profesionalismo... ¡Y es tan difícil resistir la tentación!... Yo sólo te pido, hija mía, que, si consigues vencer, no olvides nunca que el honor de la victoria vale más que todo el dinero que pueden ofrecerte.

—Te comprendo, papá, y haré como tú me dices.

—Bueno, hija mía. ¡Animo y a vencer!—dijo Muller, abrazando a su hija, porque se acercaba el momento en

que ésta debería aparecer en público.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Confío en tu victoria. Dios te ayudará... ¡Vamos, ten valor!

Caminó sobre las puntas de los patines hasta el centro de la pista, en un alarde de equilibrio, de gracia y de armonía, y se lanzó desde allí en giros magistrales, volando enteramente sobre la pista helada. El público se quedó absorto en la contemplación de aquella criatura que parecía más un espíritu que un cuerpo real, y ella, ante la emoción que sentía la iba rodeando, fué cobrando confianza en sí misma y se superó en un alarde de técnica, de arte, de maravilloso despliegue de todas sus facultades.

Los hermanos Ruiz, que habían estado esperando con impaciencia aquel momento, cometían mil locuras de entusiasmo y fervor hacia Greta, que les parecía algo muy suyo y de la que se sentían un tanto protectores. Se pelearon con sus convecinos de gradería, disputando quién era mejor, si la que representaba a Francia, o la que representaba a Suiza, y tanta vehemencia y entusiasmo ponían en la defensa de Greta, que era la representante suiza, que estuvieron a punto de llegar a las manos con uno que se empeñaba en decir que la francesa era mejor.

—La francesa es más artista—decía el defensor de ésta.

—¡Bah!... Eso es una porquería, comparado con la suiza—afirmó uno de los Ruiz.

—La porquería lo será usted—dijo el otro, ofendido.

—¡A mí no me llama usted porquería! ¡Porquería es lo que está usted haciendo, que me está tirando a la cara todo el zumo de la naranja que come!

—¡Tienes razón!—afirmó otro de los Ruiz—. Podían haber avisado. ¡Será preciso traer paraguas otra vez!

—¿Pero qué pasa? ¿Se quieren callar?—gruñó un caballero de barba, uno de los trescientos y pico de barbudos que Brany había contado en el estadio.

—No pasa nada... ¡Que tengo naranja en un ojo!

—Yo digo que la francesa es buena, muy buena...—siguió afirmando el que defendía su punto de vista.

Muller, que se había ido a sentar cerca de Spencer y de Brany, opinaba también, como buen conocedor de aquel difícil arte:

—La francesa es buena, muy buena...

—Sí... pero me parece que no tiene mucho estilo—replicó Spencer, que no entendía gran cosa, pero que no quería que los demás lo supieran.

—Quizá... pero los jueces no pedirán nuestra opinión para fallar—murmuró Muller, preocupado.

—No está mal... ¿verdad?—masticó

Brany, que estaba todavía embebido en el recuerdo de las barbas y que no le importaba poco ni mucho lo que ocurría en la pista.

Greta hacía entre tanto una magnífica exhibición de su arte incomparable. No podía ser vencida por nadie, porque su modo de patinar era perfecto y ninguna como ella sabía aunar a la coreografía la gracia de deslizarse sobre el hielo en todas las posiciones, en todos los giros, en revuelos de magia, como si fuera una pluma con la que jugara el aire, como si fuera un ángel que se complaciera en bajar a la tierra sin apenas tocarla...

—¡Ha estado soberbia!—afirmó Spencer, cuando Greta se hubo retirado acompañada por una salva de aplausos que se prolongaba como un trueno repetido por el eco infinito de las montañas.

El Tribunal comenzó a deliberar. Todo el público estaba en suspense. Eran los momentos más emocionantes de toda la prueba, porque mientras se habían exhibido las distintas figuras, representantes de los diversos países que concurrían a la prueba olímpica, la atención había sido distraída por el arte de cada una de ellas; pero ahora los nervios estaban tensos, en espera de la resolución del Tribunal.

Muller tenía los ojos fijos en el mis-

til en el que izarían la bandera del país que hubiera ganado el campeonato.

De pronto, una gran tristeza los invadió.

—¡Miren!...—murmuró con trémolos de llanto en la voz—. ¡Izan la bandera francesa!...

—¿Cómo?...—inquirió Bob poniéndose de pie indignado—. Pero... ¿es que Greta ha perdido?

Los hermanos Ruiz, que no distinguían mucho en cuestión de banderas, comenzaron a aplaudir rabiosamente:

—¡Gana Greta!... ¡Gana Greta!...—chillaban como energúmenos—. ¡Es la bandera suiza!...

—Perdonen —dijo el que había defendido siempre a la francesa—, la que izan es la bandera de Francia...

—¿Qué?... ¿Es la de...? ¿En qué quedamos? ¿La de Suiza o la de Francia?

—Lo lamento —explicó el señor de la barba, que había ya intervenido otras veces en las discusiones entabladas entre los Ruiz y aquel caballero—, pero es realmente la bandera francesa...

—¡Oh, esa gente se ha equivocado! —afirmaron los hermanos Ruiz como si fueran un solo hombre.

Y como un eco de lo que ellos decían, se oyó explicar por los altavoces que llenaban el estadio:

—¡Atención!... ¡Atención!... Se rectifica... El cómputo definitivo de los

puntos da la victoria a Greta Muller, la representante de Suiza...

Los hermanos Ruiz se abalanzaron sobre el individuo que les había estado mortificando toda la tarde y a poco lo deshacen entre sus manos, si el señor de la barba no hubiera intervenido para apaciguarlos.

También Bob cometió una serie de locuras de alegría, y Muller lloraba de dicha, y Spencer contaba ya en su imaginación los miles de dólares que se metería en el bolsillo exhibiendo a la admirable patinadora que acababa de ganar el gran premio de las Olimpíadas.

—¡Viva!... ¡Viva!... —gritaban por todas partes, aplaudiendo rabiosamente.

Greta saludaba llena de emoción.

—¿No lo había dicho yo? ¿No he tenido razón? —decía Spencer, dándose las de entendido.

—¡Y yo!... ¡También yo lo sabía!—afirmaba Bob, estrechando con fervor la mano de Greta—. ¡Has estado magnífica, chiquilla! ¡Eres un prodigio!

—¡Ea! Vamos a telefonar a Nueva York —dijo Spencer, que era hombre decidido y que no se andaba por las ramas.

—Sí, vamos... Usted llama al empresario del mejor teatro y yo al director del mejor periódico—dijo Bob, acompañándole—. Así los dos lanzamos, des-

de nuestras respectivas esferas, el nombre de la mejor patinadora del mundo.

Spencer se impacientó porque no le daban la conferencia tan rápidamente como él deseaba:

—Oiga... oiga... ¿Pero llega o no llega esa comunicación, señorita?... Quiero hablar con el Madison Square Garden, de Nueva York... Sí... ¡Ah, al fin! Oye, Ringler... habla Tadeo Spencer... Escucha, he contratado ahora mismo a Greta Muller, que acaba de ganar las Olimpiadas... ¡Claro que estoy en Alemania! (Ringler no cree que estoy aquí)—explicó a su esposa, que estaba con él en la cabina telefónica—. Oye, Ringler, pon atención a lo que voy a decirte: mándame un cheque telegráfico de mil dólares... resérvame el Madison Garden para tres noches... Encarga pasaje para veinte personas en dirigible... Sí, en el "Hindenburg"... Toma cien patinadores, prepara una gran orquesta, cuenta con ocho días de ensayos... Nosotros salimos de aquí mañana... Pero... ¿no me crees?... ¿Es que no me oyes?—gritó.

—Sí, oírte te oye... Estoy segura de que hasta sin teléfono te oíría—dijo la señora Spencer con aquella sorna que la caracterizaba—. Oírte te oye, no lo dades... Lo que hace es que no te cree.

—Puedes creerme, Ringler—seguida diciendo Spencer por teléfono—. Ya me conoces...

—Por eso mismo no te cree—volvió a comentar la esposa.

—¡Calla!—chilló Spencer.

Y como Ringler creyó que se lo decía a él, corrigió inmediatamente:

—No, no, no te lo digo a ti... Nos veremos en Nueva York esta misma semana. Hasta pronto...

Dejó el teléfono y se volvió, orgulloso y ufano, a su mujer:

—Bueno... ¿Y qué dices ahora de tu marido?

—No sé... Estoy desorientada... ¿Estás seguro de que nada podrá hacer fallar tus planes?

—No, nada, encanto, nada...

—¿No habrá terremotos en este país, verdad?

—¡Bah!...

—Está bien... Así, ¿estás seguro de que todo está arreglado?

—Segurísimo.

—¡Ah, Dios te oiga!

Salieron de la cabina y se dirigieron al gabinete donde estaba Greta con su padre y con Bob, que ya había hablado con el director del periódico y que iba y venía con un dinamismo loco, entusiasmado con el triunfo, entusiasmado con la historia que podría contar en sus artículos, palpitantes de interés, y entusiasmado con... buena, este último entusiasmo se lo guardaba para él sólo, porque no le gustaba dejar traslucir sus sentimientos y sus emociones.

—Todo está ya arreglado — dijo la señora Spencer, contagiada ya del optimismo de su marido.

—¿Qué es lo que está arreglado? — preguntó Greta, mirándoles con sus ojos, que hoy rebosaban dicha.

—Todo... Ya he fijado el debut en Nueva York — explicó Spencer con énfasis—. Dentro de un mes, en el Madison Square Garden, debutará usted. Todos los trajes serán diseñados por Jank Karne, y los patines contruidos especialmente por las grandes fábricas Krupp. ¡En seguida las maletas y listos para marchar!

—Pero... yo no comprendo...

—¿Qué es lo que no comprende usted, Greta?

—Lo que está usted diciendo... — murmuró la muchacha, muy extrañada.

—¿Que no entiende que nos vamos?

—Pero... ¿adónde vamos?

—¡A ganar un millón! — afirmó Spencer con entusiasmo creciente.

Greta comprendió.

—¡Ah!... ¿Quiere usted decir que he de convertirme en... profesional?

—¡Claro!

—No. Jamás haré eso — afirmó la pequeña con energía.

—¡El terremoto!... — exclamó la señora de Spencer dejándose caer en una silla.

Spencer se acercó a Greta y le preguntó con calma:

—Vemos, vemos... ¿qué quiere decir eso de "jamás haré esto"?

—No puedo hacerlo, señor Spencer.

—¿Por qué no puede?

—Porque mi padre quiere que gane las Olimpiadas del 40.

—¡Su padre está loco!

—No, señor... mi hija no está todavía preparada para ser profesional — intervino Muller, queriendo hacer menos penosa la negativa.

—¡Un momento, un momento!... — murmuró Spencer, que no estaba dispuesto a dejarse perder aquella magnífica adquisición—. ¡Ustedes no pueden hacer esto y yo no lo consentiré nunca!... Le he preparado un gran espectáculo... Además, yo ya la lancé... la hice ganar unos francos... Y ahora, ¿qué dice? ¿Que no quiere pasarse a profesional?... ¡Pero si Greta es ya una profesional!

Un rayo que hubiera caído a los pies de Muller no le hubiera producido mayor impresión.

—Pero... señor Spencer... ¿Cómo puede usted decir que mi hija es una profesional?

—Sí... Aquella vez que patiné en Saint-Moritz, yo cobré 250 francos por el espectáculo... y ella formaba parte de mi compañía... Entonces, esto está bien claro, ¿no? Ustedes no pueden seguirse con una excusa y plantarme así... Les pondré una causa ante el juzgado...

—¡Oh!... ¡Greta, hija mía!... ¿Qué has hecho?—murmuró Muller, con el mayor desaliento, porque la historia se repetía.

—Papá... ¡yo no sabía que él hubiese recibido dinero!—afirmó la chiquilla, arrojándose a los brazos de su padre—. ¡Ah, es terrible, papá, terrible, para ti y para mí!... ¡Que se marche esa gente!... ¡Fuera... fuera!

—Pero... ¿qué hay de terrible en todo esto?—preguntó Spencer, que no acertaba a comprender toda aquella desesperación.

—¡Parece imposible! Pero cada vez que se ha de producir una catástrofe... él abre la boca y lo consigue en seguida...—dijo la señora Spencer, desalentada ante el giro que tomaban los acontecimientos y que le auguraba nuevos periodos de hambre y de fatiga.

Muller, con la cabeza baja, como cuando se recibe un golpe fuerte e inexorable del destino, tomó el diploma y las medallas que habían entregado a su hija y fué al salón donde el jurado estaba reunido.

Después de haber conseguido la venia para presentarse ante los miembros que lo componían, entró y dijo con sencilla naturalidad y sin disimular su dolor:

—Soy el padre de Greta Muller... Vengo a restituir los premios que ha ganado.

—Pero... ¿por qué? —le preguntó el presidente, entre la extrañeza de todos los presentes:

Muller bajó la cabeza confuso y replicó:

—Porque ya no le pertenecen... Ha sabido... hace algunos minutos solamente... que mi hija ha patinado como profesional en el Casino de Saint-Moritz la semana pasada.

—Pero entonces... si no entiendo mal lo que me dice, lo que usted viene a hacer es... ¿una denuncia de profesionalismo contra su propia hija?—interrogó el presidente del Tribunal con creciente extrañeza.

—Sí... No hago más que cumplir un deber... porque es mejor que sea yo quien venga a decirselo a ustedes, yo que la quiero tanto, antes de que se produzca un escándalo... Señores, quisiera pedirles un favor... que dijeran ustedes que ha habido error en el anuncio de la concesión del premio y que realmente es la francesa quien lo ha ganado... Así, de este modo, nos evitarán muchas amarguras a mi hija y a mí... Por esto he querido ser yo quien viniera a darles la noticia...

—¿Es usted Enrique Muller?—preguntó uno de los miembros del jurado, recordando la pasada historia de aquel patinador, que hoy se repetía en su hija.

—Sí, señor.

—¿El que en las Olimpiadas de 1908...?

—El mismo, señor.

—Esté tranquilo, Enrique Muller... nosotros haremos cuanto esté en nuestra mano para que ese asunto no trascienda al público...

Muller salió de la sala del jurado con el corazón lleno de amargura, pero con el consuelo de haber sido bien atendido por los miembros que lo componían y con la seguridad de que, por esta vez, no habría escándalo.

Cuando volvió al lado de su hija, todavía estaba Spencer tratando de convencerla:

—Si ya ha aceptado el profesionalismo rechazando el premio de las Olimpiadas, ¿por qué no quiere aceptar mi proposición?

—¡Oh, papá!—exclamó Greta, abrazando a su padre—. Dile a ese hombre que me deje en paz...

—Hija mía, quizá tenga razón... Quizá es mejor que aceptes, ahora que ya no eres campeona... He devuelto el diploma...

—¿Cómo!—gritó Spencer—. ¿Entonces Greta ya no es la campeona de las Olimpiadas?

—No... Una profesional no puede ganar las Olimpiadas... y Greta ha patinado como profesional con usted, señor Spencer...

—¡Repámpalo!—exclamó Spencer,

que comenzaba a comprender lo ocurrido y que estaba muy lejos de ser lo que él deseaba—. ¡Repámpalo! ¡Esto se está poniendo feo!... Voy a telefonear a Ringler en seguida, para que suspenda todo... No puedo presentar a una patinadora cualquiera... Ya, lo que quería, era presentar a la campeona del patio, a la ganadora de las Olimpiadas...

Bob entró en aquel momento con la alegría desbordándole por todos los poros de su cuerpo:

—¡Ya he hablado con Nueva York! ¡El director del periódico está loco de alegría!... ¡Ahora vamos a celebrar tu triunfo, Greta!

Pero al ver las caras largas y tristes de todos, se quedó parado y preguntó con el más grande estupor:

—Pero... ¿qué ha pasado?

—¡He perdido mi título de campeona!—sollozó Greta.

—¿Qué?

—Sí... La noche que fué a Saint-Moritz, el señor Spencer cobró dinero por el espectáculo. Greta actuó como profesional, y una profesional no puede ganar las Olimpiadas.

—¡Pero si ella no ha cobrado un céntimo!—exclamó Bob, que tenía la seguridad de lo que decía.

—No... es verdad... Yo no he cobrado nada...

—Pues entonces... ¿a qué vienen es-

tas historias? No se es profesional hasta que se ha cobrado algo. Ha dado usted una exhibición, y eso es todo.

—Pues es verdad — exclamó Muller desolado—. ¿Qué he hecho yo, Dios mío?... ¡Me he precipitado!... Pero Spencer me dió a entender que...

—¿Dónde está ese tío? —preguntó Bob con premura, porque quería ajustarle las cuentas.

—Ha ido a dar contraorden al empresario de Nueva York.

—Vamos...

Le encontraron en la cabina hablando con Hingler por teléfono:

—Sí, ya... todo se ha ido al aire... Ya no es campeona... Pero, oye, amigo mío, ¿por qué no me mandas dinero para volver a casa?... ¿Qué dices?... ¿Que vuelva en barca?... ¡Pero cómo lo hago, si no sé remar!

—No te preocupes, querido, que ya te haré remar yo—le dijo su esposa, dándole un solenne pellizco.

—Escuche, Spencer — le dijo Bob, cogiéndole por un brazo y sacudiéndole con fuerza—, ¿le ha pagado usted o no a Greta por haber patinado en Saint-Moritz?

—Bien... no... sí... es decir... sí y no...

—Aclare los conceptos, que están muy turbios.

—Yo cobré por el espectáculo, pero Greta no percibió ni un céntimo,

—¿Y había usted prevenido a Greta de que iba usted a cobrar?

—No.

—¿Y usted asegura que Greta no ha percibido ni un céntimo?

—Sí.

—Entonces... ¿dónde ha ido a parar todo el dinero?

—Eso mismo le pregunto yo—interrumpió la esposa.

—Pues... se ha ido en gastos—explicó Spencer con sencillez—. Nadie se ha metido nada en el bolsillo. ¡Como siempre estoy en deuda!

—¿Lo puede usted probar?

—Sí.

—Pase vamos en seguida ante la comisión clasificadora.

En tropel entraron en el salón donde estaba reunido el jurado, a tiempo que éste iba a salir de él.

—¡Señores! — gritó Bob, deteniéndoles—. Tomemos nuevas pruebas de que Greta Muller no ha sido nunca profesional.

—Nos place mucho, señores... pero desgraciadamente el fallo ya no nos corresponde a nosotros... Es necesario ir a encontrar al secretario de las Olimpiadas, señor Bruch.

—¿Dónde está?

—Al fondo del pasillo, la puerta de la derecha.

En tropel fueron también hacia el

lugar indicado y entraron de rondón en el despacho del secretario.

El señor Bruch no era otro que el misterioso barbudo al que habían estado siguiendo los dos periodistas creyendo que era cómplice del incendio del Gran Palace Hotel.

—¡Ya le tenemos!—exclamó Brany.

—¡Esto es Ratosky! ¡Este es el dinamitero!

—Lo siento mucho, señores, pero sigo sin dar interviús a los periodistas.

—Pero... ¿usted es el señor Ratosky... o el señor Bruch? — preguntó Bob, extrañadísimo.

—Soy Bruch, ahora... y en realidad también lo era antes... Pero en Suiza, durante las vacaciones, antes de iniciar el trabajo, vivía de incógnito para que no me fastidiara gente como ustedes. Buenos días, señor Muller... Buenos días, Greta... He sentido mucho la acusación de profesionalismo que se hace contra usted, y espero que sean infundadas las razones en que se basa tal acusación.

—Y son infundadas, señor Bruch... Por esto venimos a molestarle.

—Usted cálllese, periodista — interrumpió Bruch—. Que hable la señorita Greta.

Greta explicó lo ocurrido y después que Bruch hubo escuchado sus explicaciones, dijo:

—Hemos hablado con el empresario de Saint-Maritz y nos ha dicho que Tadeo Spencer recibió novecientos cincuenta francos por la representación... ¿Qué dice el señor Spencer?

Spencer se adelantó y replicó:

—Sí, señor, recibí aquel dinero, pero nadie percibió nada de tal cantidad. Mire... aquí están los recibos de lo que pagué con esos francos y lo que pensaba hacer con todo esto era...

—Dílo, dílo, querido—insistió la esposa, que por primera vez dirigía una cariñosa mirada a su marido.

—Pues quería hacer de Greta Muller la estrella de un ballet sobre el hielo... Yo no sabía nada de las Olimpiadas ni de todas sus etiquetas, ni la importancia que tenía para ella el ganar, especialmente la importancia que tenía para su padre... Pero si lo que yo he hecho pudiere en todo caso impedirle ganar las Olimpiadas, desde ahora estoy dispuesto a desaparecer para siempre de la esfera terrestre... No le he dado ni un céntimo, ésta es la pura verdad, ni a ella ni a nadie... La culpa de todo lo que ha pasado no es más que mía, excelencia... digo, señor juez...

—Bien, bien, cálmese... Como consecuencia de su declaración, soy de la opinión de que su buena fe queda plenamente probada y que la señorita Gre-

ta Muller puede gozar de la gloria del campeonato.

—¡Grita! — exclamó Bob en un arrebató de entusiasmo—. ¡El título es tuyo!

—¡Bravo! ¡Bravo! — gritaron todos.

—Entonces... ¿es de nuevo campeo-

na?— preguntó Spencer con entusiasmo.

Y ante el asentimiento de todos, corrió a la cabina telefónica y habló exultado:

—¡Pronto... pronto! Madison Square... ¿Eres Ringler? ¡Urgente!... ¡Volveré a nada, querido!...

* * *

La exhibición en Nueva York fué un triunfo apoteósico para Greta. El teatro estaba reboante de público y cuando apareció ella sobre la pista helada hubo un silencio recogido, casi religioso, porque su aparición fué ya algo tan sorprendente, que las miles de almas que allí había quedaron suspensas en los giros y revuelos de aquella danza única en el mundo.

El éxito fué enorme, enloquecedor, entusiasta.

En uno de los intermedios, los hermanos Ruiz salieron a divertir al público: representaban, dos de ellos, un toro, y el tercero hacía las veces de torero. La corrida sobre el hielo, con aquel toro extraño, era el espectáculo más cómico que podía darse. La gente reía a carcajadas y los hermanos Ruiz multiplicaban sus payasadas ante el éxito creciente de ellas.

De pronto, al torero le cayó al suelo una moneda, sin que él se diera cuenta, y uno de los hermanos que hacía de toro, logró recogerla y entonces com-

probó que era una moneda acuñada especialmente y que en los dos lados tenía "cara"... ¡El bandido! ¡Por esto les ganaba siempre!

Se lo dijo al oído al otro que también hacía de toro y, puestos de acuerdo los dos, arremetieron con tal furia contra el torero, para vengarse de una vez de todas las burlas de que les había hecho objeto, que el pobre no sabía cómo huir de aquellos dos hombres, que en aquellos momentos eran casi tan agresivos como la fiera que representaban.

El público reía hasta las lágrimas ante la comicidad de la escena, y cuando toro y torero rodaron por el suelo y se hizo una amalgama de piel de toro y de los tres hermanos Ruiz, que rodaron a través de toda la pista peleándose como locos, apareció de nuevo Greta de puntillas sobre sus patines, y se desplegó ante la vista de aquel público maravillado el espectáculo de revista de mayor magnificencia que jamás se viera en Nueva York, pues coreaban a

U N A E N T R E U N M I L L O N

la "estrella" docenas de parejas que bailaban sobre el hielo, en un ritmo fascinador.

En un rincón, Spencer se frotaba las manos, complacido ante la gacnancia que aquello representaba para él.

Y en otro rincón Bob sonreía beatíficamente ante el triunfo rotundo, absoluto y estruendoso de aquella muchachita a la que había conocido en el corazón de la montaña Suiza y que ahora llevaba metida hondo, muy hondo, en su propio corazón.

F I N

En breve:



Ráfagas de humor

por

Fidelio Trimalción

cuya lectura le proporcionará
verdadero deleite.

Retenga este título:

Ráfagas de humor



Ediciones Bistagne

GRAN EXITO DE

Emociones cinematográficas de un figurante

(La vida de los "extras" en los estudios)

Apuntes del natural

por

RAMIRO MARQUÉS

Interesantes ilustraciones

¡Lo más ameno en este género!

De venta en todos los quioscos y librerías

Precio: 3 pesetas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE

tharals



